



# LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

## KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

Después de algunas horas de sueño se levantaron todos, Keraban más impaciente que nunca, Van Mitten resignado á todos los caprichos de su amigo, Bruno apretando lo que le quedaba de vientre en sus vestidos anchos y no respondiendo á su amo más que por monosílabos.

Por otra parte, Ahmet había explorado á Atina, pueblo sin importancia, que (su nombre lo indica), fué antiguamente el *Atenas* del Puente-Euxino. Se ven todavía algunas columnas de orden dórico, restos de los templos de Pallas; pero si aquellas ruinas interesaron á Van Mitten, por el contrario, á Ahmet le fueron indiferentes. ¡Cuánto mejor hubiera preferido encontrar algún vehículo ménos rudimentario que la carreta que compraron en la frontera rusa! Pero fué necesario seguir con la *araba*, que fué reservada especialmente para las dos jóvenes. De aquí la necesidad de procurarse otras monturas, ca-

ballos, asnos, ó mulas, á fin de que amos y criados pudiesen llegar á Trebisonda.

¡ Ah! qué sentimiento experimentó el Sr. Keraban pensando en su carruaje destrozado en el ferro-carril de Poti! ¡ Y cuántas recriminaciones con inectivas y amenazas envió al altanero Saffar, según él, responsable de todo el mal!

Tocante á Amasia y Nedjeb, nada las podía ser más agradable que el viajar en *araba*. ¡ Si, aquello era nuevo, imprevisto! No hubiesen cambiado ellas aquella carreta por la más bonita carroza del Padischah. ¡ Qué á su gusto estarían bajo el impermeable toldo, sobre un fresco asiento de paja de heno, que era fácil renovar en cada ralevo; y de vez en cuando ofrecerían un sitio cerca de ellas al Sr. Keraban, al joven Ahmet, al Sr. Van Mitten! ¡ Y después aquellos caballeros que las escoltarían como á princesas!... ¡ En fin, aquello era encantador!

No es necesario decir las reflexiones de este género que se le ocurrían á la loca de Nedjeb, tan propensa á tomar las cosas por su mejor lado. En cuanto á Amasia, ¿cómo hubiese tenido el pensamiento de quejarse despues de tantas pruebas, puesto que Ahmet estaba con ella, puesto que aquel viaje iba á terminarse en

condiciones tan diferentes y en un plazo tan corto! Y al fin llegarían á Scutari.... Scutari!

— ¡Estoy cierta — repetía Nedjeb — que poniéndose sobre las puntas de los piés, se le podrá percibir!

En realidad, en la pequeña caravana no había más que dos hombres que se quejasen: el Sr. Kera-



La caravana abandonó el pueblo de Atina.

ban, que por falta de un vehiculo más rápido tenía alguna tardanza, y Bruno, que una etapa de treinta y cinco leguas (¡treinta y cinco leguas sobre el lomo de una mula!) separaba todavía á Trebisonda.

Allí, por ejemplo, como le repetía Nizih, se procurarían un medio de transporte más apropiado á los caminos de las largas llanuras de la Anatolia.

Así, pues, aquel día, 15 de Setiembre, toda la caravana abandonó el pueblo de Atina, hacía las once de la mañana. La tempestad había sido tan violenta, pero aquella violencia se había hecho á expensas de su duración. Por lo tanto, una calma casi completa reinaba en la atmósfera. Las nubes, levantadas hasta las oscuras alturas del aire, se reposaban, casi inmóviles, todavía laceradas por los golpes del huracán.

Por intervalos el sol lanzaba algunos rayos que animaban el paisaje. Sólo el mar, sordamente agitado, venía á estrellarse con estrépito en la base de las rocas de los derrumbaderos.

Descendían entonces el señor Keraban y sus compañeros los caminos del Lazistan lo más rápidamente posible, para poder franquear antes de la noche la frontera del pachalik de Trebisonda. Aquellos caminos no estaban desiertos. Pasaban caravanas, cuyos camellos se contaban por centenas, ensordeciendo con el ruido de los cascabeles, campanillas y áun campanas que llevaban al cuello, al mismo tiempo que se recreaba la vista con los vivos y variados colores de sus *pompons* y trenzas adornadas de conchas. Aquellas caravanas venían de Persia ó viceversa.

El litoral no estaba ménos desierto que los caminos. Toda una poblacion de pescadores y cazadores se habian reunido. Los pescadores, al anochecer, con su barca, cuya popa lleva una cantidad de resina inflamada, pescan en cantidades considerables esa especie de anchoa, el *khamsi*, cuyo consumo es prodigioso por la costa de la Anatolia y hasta en las provincias de la Armenia central. Tocante á los cazadores, no tienen nada que envidiar á los pescadores del *khamsi*, por la abundancia de la caza, á la que le dan la preferencia. Miles de aves de mar de la especie de los *konkarinas* pululan por las orillas de aquella por-

gioso por la costa de la Anatolia y hasta en las provincias de la Armenia central. Tocante á los cazadores, no tienen nada que envidiar á los pescadores del *khamsi*, por la abundancia de la caza, á la que le dan la preferencia. Miles de aves de mar de la especie de los *konkarinas* pululan por las orillas de aquella por-



Los pescadores al anochecer con su barca.

cion del Asia Menor. Así es que abastecen por centenas de miles pieles muy buscadas, cuyo precio bastante elevado compensa los trayectos, el tiempo, la fatiga; sin hablar de lo que cuesta la pólvora empleada en cazarlas.

Hácia las tres de la tarde, la pequeña caravana se detuvo en el pueblo de Mapaira, en la embocadura de la ribera de este nombre, cuyas aguas claras se mezclan con el líquido aceitoso de una corriente de petróleo que desciende de manantiales vecinos. Á aquella hora era algo temprano para comer; pero como no debían llegar á otro pueblo hasta la noche, pareció conveniente tomar algún alimento.

No es necesario decir si hubo abundancia de *khamsi* en la mesa de la posada, y si el señor Keraban y los

suyos se sentaron á ella. Éste es, por otra parte, el manjar preferido en aquellos pachalicks del Asia Menor. Sirvieron anchoas saladas ó frescas, al gusto de los aficionados; pero hubo algunos platos más serios, á los que hicieron muy buena acogida. ¡Y despues reinaba tanta alegría entre los convidados! ¡tan buen humor! ¡No es el mejor condimento de todas las cosas en el mundo?

—¡Y bien, Van Mitten!—decia Keraban—¿desaprobais todavía la terquedad (legítima terquedad) de vuestro amigo y corresponsal que os ha obligado á seguirle en semejante viaje?

—¡No, Keraban, no!—respondió Van Mitten;—y le volveré á empezar cuando gustéis.

—¡Veremos, veremos, Van Mitten! Y tú, pequeña

Amasia, ¿qué piensas de este imbécil tío que te había dejado sólo tu Ahmet?

—Que es siempre lo que yo ya sabía, ¡el mejor de los hombres!—respondió la joven.

—¡Y el más complaciente!—añadió Nedjeb.—¡Me parece que el señor Keraban no discute tanto como otras veces!

—¡Bueno! ¡hé aquí á esta loca, que se está burlando de mí!—exclamó Keraban riéndose.

—¡Pero no, señor, no!

—¡Pero sí, pequeña! ¡Bah! ¡tienes razón! ¡No discuto! ¡no me obstino! ¡El amigo Van Mitten, él mismo, no llegaría á provocarme!

—¡Oh! ¡sería necesario ver eso!—respondió el holandés bajando la cabeza con un aire de poco convencido.

—Está visto todo, Van Mitten.

—¿Si os recordara ciertos capítulos?

—¡Os engañáis! Juro....

—¡No jureis!

—¡Sí!.... juraré!—respondió Keraban, que comenzaba á animarse.—¿Por qué no había yo de jurar?

—Porque es muy á menudo cosa difícil el sostener un juramento.

—Menos difícil de sostener que vuestra lengua, en todo caso, Van Mitten, porque es cierto que en este momento, y por el placer de contradecirme....

—¿Yo, amigo Keraban?

—¡Vos!.... ¡Y cuando os repito que estoy resuelto á no obstinarme jamás, os luego que no os obstineis vos en sostenerme lo contrario!

—Vamos, no tenéis razón, señor Van Mitten—dijo Ahmet;—no la tenéis esta vez.

—¡Absolutamente!—dijo Amasia sonriendo.

—¡No la tiene!—añadió Nedjeb.

Y el digno holandés, viendo la mayoría elevarse contra él, juzgó lo mejor callarse.

En el fondo, á pesar de todo lo que había pasado, á pesar de las lecciones que había recibido, y más particularmente en este viaje, tan imprudentemente comenzado, que hubieran podido acabar tan mal, ¿el señor Keraban estaba tan corregido que quería pretenderlo? Esto se vería; pero, verdaderamente, todos eran de la opinión de Van Mitten. ¡Que la terquedad estuviese reducida á mantenerse en aquella cabeza de testarudo, había algo que dudar!

—En marcha—dijo Keraban, cuando la comida se acabó.—Hé aquí una comida que no ha sido mala, pero yo sé de otra mejor.

—¿Y cuál?—preguntó Van Mitten.

—La que nos aguarda en Scutari.

Volvieron á partir á las cuatro, y á las ocho de la noche llegaban sin novedad al pequeño pueblo de Kire, todo sembrado de escollos por sus playas.

Allí fué necesario pasar la noche en una especie de cabaña bastante poco confortable; tan poco, que las dos jóvenes prefirieron quedarse bajo el toldo del carro. Lo importante era que los caballos y las mulas pudieran encontrar donde reposar de sus fatigas. Felizmente, la paja y la cebada no faltaban en los pescheros. El señor Keraban y sus compañeros no tuvieron á su disposición más que una cama de paja, pero

seca y fresca, con la que supieron contentarse. La próxima noche debían pasarla en Trebisonda, y todo lo confortable que debía permitirle aquella importante ciudad en el mejor de sus hoteles?

En cuanto á Ahmet, que la cama fuese buena ó mala, poco le importaba. Bajo el peso de ciertas ideas no hubiera podido dormir. Siempre temía por la seguridad de la joven, y se decía que tal vez no hubiese cesado todo peligro con el naufragio de la *Guidare*. Veló, pues, bien armado, á los alrededores de la cabaña.

Ahmet hacía bien; tenía razón en temer. En efecto, Yariud, durante aquella jornada, no había perdido de vista la pequeña caravana. Caminaba sobre su rastro, pero sin dejarse ver, siendo conocido de Ahmet y de las dos jóvenes. Despues, espía, combinaba planes para recuperar la hermosa presa que se le había escapado, y escribió á todo trance á Scarpante. El intendente del señor Saffar, siguiendo lo convenido en Constantinopla, debía estar desde hacía algún tiempo en Trebisonda. Así es que, una legua antes de llegar á esta ciudad, en el parador público de Aissar, Yariud le había citado para la mañana siguiente, sin decirle nada del naufragio de la embarcación ni de sus funestas consecuencias.

Por lo tanto, Ahmet tenía mucha razón al velar; sus presentimientos no le engañaban. Yariud, durante la noche, pudo aproximarse lo bastante para asegurarse de que las dos jóvenes dormían en su *araba*. Muy felizmente apercibió á tiempo á Ahmet que estaba vigilando, y se alejó sin ser visto.

Pero entonces, en vez de quedarse detras de la caravana, el capitán maltés se dirigió hácia el Oeste por el camino de Trebisonda. Le importaba mucho el adelantarse al señor Keraban y sus compañeros. Antes de su llegada á aquella provincia quería haber conferenciado con Scarpante. Así, haciendo dar media vuelta al caballo que montaba desde su partida de Atina, se dirigió rápidamente hácia el paradero público de Kissar.

¡Allah es grande, sea! Pero en verdad, debiera haber hecho mejor las cosas, y no dejar que el capitán Yariud sobreviviese á aquella tripulación de infames, desaparecida en el naufragio de la *Guidare*.

A la mañana siguiente, 16 de Setiembre, desde el alba, todo el mundo estaba en pié, de buen humor, salvo Bruno, que se preguntaba cuántas libras perdería todavía antes de llegar á Scutari.

—Mi pequeña Amasia—dijo el señor Keraban frotándose las manos—¡ven que te abrace!

—Con mucho gusto, tío—dijo la joven.—¿Me permitís que os dé siempre ese nombre?

—Sí, te lo permito, querida hija. Puedes llamarme, si quieres, tu padre. ¿No es Ahmet mi hijo?

—Así es, tío Keraban—dijo Ahmet—y vengo á daros una orden, como tiene derecho un hijo á su padre.

—¿Qué orden?

—La de partir al instante. Los caballos están prestos, y es necesario que esta tarde estemos en Trebisonda.

—Y estaremos—exclamó Keraban—y volvamos

á partir á la mañana siguiente al salir el sol. Y bien, amigo Van Mitten, estaba escrito que veriais un día á Trebisonda.

—; Si, Trebisonda! Qué magnífico nombre— respondió el holandés.—Trebisonda y su colina, donde los Diez Mil celebraron juegos y combates gymnicos, bajo la presidencia de Dracontius; sí, así lo tengo en

mi guía, que me parece muy bien redactada. ¡En verdad, amigo Keraban, me alegra mucho el ver Trebisonda!

—Y bien, de este viaje, amigo Van Mitten, confesad que os quedarán famosos recuerdos.

—Hubieran podido ser más completos.

—En suma, no tendréis por qué quejaros.



Ahmet estaba vigilando.

—Todavía no ha terminado esto....—murmuró Bruno al oído de su señor, como un mal augurio, encargado de recordar á los mortales la inestabilidad de las cosas humanas.

La caravana abandonó la tienda á las siete de la mañana. El tiempo se mejoraba cada vez más con un bonito cielo, mezclado con algunas brumas matinales, á las que el sol disiparía.

Al mediodía se detenía en el pueblo de Of, sobre el Ophis de los antiguos, en donde se encuentra el origen de las grandes familias de la Grecia. Almorzaron en una modesta posada, utilizando las provisiones que llevaba la *araba* y que tocaban á su fin.

Ademas, el posadero se hallaba verdaderamente atolondrado, y tocante á ocuparse de sus clientes, parecia no le inquietaba mucho. No, su mujer estaba gravemente enferma, y no habia médico en el país. Y hacer venir uno de Trebisonda hubiese sido muy caro para un pobre posadero.

Por lo tanto, el señor Keraban, ayudado por su amigo Van Mitten, creyó deber hacer el papel de *hakim*, ó sea doctor, y recetó algunas drogas muy sencillas, que serian fáciles de encontrar en Trebisonda.

(Se continuará.)

# EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

**LUIS BOUSSENARD.**

La inventiva del proscrito iba á dar otra aplicacion á aquella parte de la sustancia cortical. Sin perder un minuto, separó algunos trozos anchos despegando, por decirlo así, unas quince placas excéntricas con la misma facilidad que si separase las hojas de un libro mojado. Aquella operacion se verificó sin desgarrones y con asombrosa rapidez.

— ¡Ya tengo papel! — exclamó con alegría. — Lo que hace falta es que no chupe cuando esté seco.

Casimiro ignoraba el significado de aquellas palabras. Comprendiendo únicamente que su amigo quería hojas secas, le enseñó algunas colocadas á un lado sobre unos trozos de corteza, ya secas en la sombra, planas y sin hendiduras.

— Fácilmente encontrará la tinta. Un poco de mani, ó mejor, jugo de *genipa*. En cuanto á las plumas, el hocco me las proporcionará.

De vuelta en la casa, el feliz padre no dijo una palabra de su descubrimiento y se dirigió hácia la empalizada, dentro de la cual vivía desde la semana anterior la familia de hoccoes.

Reprimió con trabajo un grito de cólera y de dolor que se le escapó al ver á los polluelos asustados en un rincon y á la madre destrozada, convertida en masa informe de carne palpitante mezclada con plumas rotas.

Al ruido de sus pasos huyó el jaguar con la cola entre piernas como si tuviese conciencia de su delito, desapareciendo por una ancha abertura practicada en el cercado.

El ingeniero no quiso entristecer á los niños contándoles la jugarreta de su favorito, al que prometió aplicar de vez en cuando una fuerte correccion. Iba á caer la tarde; dejó para la mañana siguiente el anunciar la triste nueva, y recogiendo algunas plumas de la pobre madre, compuso la empalizada y volvió á la choza.

— Alegraos, hijos míos. Ya tenemos papel, pluma y tinta. Vamos á hacer una prueba que espero tenga buen éxito.

Con un cortaplumas que su esposa había llevado por casualidad, y que se conservaba cuidadosamente, cortó las plumas sin tardanza. Algunas gotas de jugo de *genipa* ennegrecieron el fondo de una escudilla de

tierra, mojó la pluma en aquel liquido, y luégo, con un carácter de letra firme, redondo, semejante al de los viejos pergaminos, trazó en algunas líneas la monografía del *mahot franc* y refirió el origen del nuevo papel.

Dominado por cierta emocion dió la hoja á Enrique, el cual leyó el manuscrito como si fuera impreso, en medio de la alegría de su madre y de sus hermanos. Aquel descubrimiento tenía para los Robinsones de la Guayana una importancia capital. Hasta entonces temió el proscrito que sus hijos resultasen ignorantes, y muchas veces le entristeció la idea de que se convirtieran en unos salvajes blancos. Por grande que fuera la utilidad práctica de sus estudios orales, no hay nada que reemplaze para los niños las lecciones escritas. Sin ellas sería completamente imposible el estudio de la Aritmética, las Matemáticas y la Geografía.

Todos los miembros de la colonia, grandes y pequeños, quisieron escribir algunas palabras en aquellas hermosas hojas, cuyo color amarillento armonizaba con el castaño oscuro de la *tinta* de *genipa*. Cada cual hubiera deseado tener una pluma y emborronar á su placer, y la manifestacion de este deseo recordó al proscrito el desgraciado fin de la madre de los hoccoes. *Cat* no se había presentado, esperando, sin duda, que despues de pasar la noche al raso se olvidaría su mala accion. El feroz gloton se equivocaba, pues Enrique, indignado por la relacion de su delito, juró administrarle, en compañía de su padre, la paliza que le había prometido, y cuyo recuerdo no se borraría en mucho tiempo.

El acto de voracidad del jaguar podria traer grave perjuicio á la cria de los polluelos, demasiado jóvenes aun para poder pasarse sin su madre. La señora Robin estaba muy inquieta, pues habían caído algunas abundantes granizadas, precursoras de la estacion de las lluvias.

Al día siguiente todos estuvieron en pié al amanecer. Cuando se abrió la puerta oyóse un grito sonoro semejante á la llamada de una trompa de caza.

— ¿Qué es eso? — exclamó Robin, empuñando el fusil, lo cual no hacía más que en las grandes ocasiones.

Casimiro salió cojeando y volvió á entrar riendo á más no poder.

—Dejad el fusil, compadre. Venid á ver los hijos del hocco.

En el momento de llegar á la empalizada se ofreció á su vista un espectáculo original. Una hermosa ave del tamaño de un gullo grande, pero encaramada sobre largas patas, se adelanta rodeada de los pollos, vigilándolos con cuidado, escarba la tierra, renueva las hierbas y trata de buscar para ellos granos ó larvas. Su madre no hubiese demostrado más celo ni más atenciones. De vez en cuando galleaba lanzando su grito especial. Su inteligente cabeza, cubierta de fino vello, estaba terminada por un largo pico. Su plumaje, negro en el cuello, las alas y el vientre, tenía reflejos irisados.

No parecía molestarle la presencia de los recién llegados, á quienes interesaban mucho sus operaciones. Echáronle granos de cacah, y lejos de arrojarlos sobre ellos llamó á los polluelos con ese choque afectuoso peculiar á las gallinas.

—Es un *agami*. Buen pájaro. Quiere mucho á los hombres.

—Le conozco perfectamente. Hace algunos días que le veo rondar en torno de la casa. Ayer creí que se acercaría á nosotros.

—¿Qué felicidad!—dijo Enrique, á quien gustaban mucho los pájaros.—¿Se quedará aquí?

—Sí, hijo mío. Ya no abandonará á esos huérfanos que ha adoptado, y á los cuales quiere con amor de madre.

—¿Es muy hermoso!

—Tan hermoso como bueno, y acaso no existe un animal más afectuoso que él. No tan sólo reconoce al que le cuida, cobrándole cariño, sino que obedece su voz, responde á sus halagos y los pide y solicita hasta ponerse importuno. Celebra su presencia con trasportes de alegría, se entristece cuando ve que se marcha y acoge su regreso con saltos y aleteos. Es muy constante en sus afecciones, y como dispone libremente de su cariño, se le concede al que primero le trata con benevolencia.

—Papá—interrumpió Eugenio.—¿quieres darmele? Le querré mucho y él me querrá también. Todavía no conoce á nadie y puede ser que se aficione á mí.

—Concedido, hijo mío. Tu hermano Enrique posee un jaguar, Edmundo un hormiguero y tú serás dueño del *agami*. Bajo el punto de vista de la amistad eres el más favorecido. Cuando los hoccos sean mayores y ya no necesiten de sus cuidados, te seguirá por todas partes como un perro.

—¿Y se conduce lo mismo con los animales de corral?—preguntó la señora Robin.

—Sí. Se le atribuye tanta inteligencia como á los perros de ganado. Ejerce sobre los volátiles domésticos el mismo imperio, la misma vigilancia que sobre los caninos.

El *agami* lanzaba de vez en cuando aquel extraño grito, que debía oírse desde muy lejos y que emite al abrir el pico, por cuya circunstancia se le conoce entre los criollos con el nombre de *pájaro trompeta*.

Acogió afectuosamente las primeras caricias de Eugenio, y acercándose á él más y más acabó por tomarse en la mano del niño algunos trozos de cacahé.

—Ya está arreglado—dijo la madre.—Sois amigos para siempre.

—¿Recuerdas bien, Enrique, todo lo que te he dicho acerca del *agami*?—preguntó Robin.

—Sí, padre; me acuerdo de todo.... Adivino lo que vas á decirme.

—Habla, pues.

—Como tenemos lo necesario para escribir deseos que redacte la lección que acabas de darnos....

—Y que se la enseñes en seguida á los hermanos—dijo su padre, dándole un abrazo.

El epilogo de aquella aventura fué una ruda corrección aplicada sobre la espalda de *Cat* por la vigorosa mano de Robin. El jaguar, avergonzado como zorra sorprendida, no se acercó en mucho tiempo á la empalizada, en la cual, y bajo la vigilancia del *agami*, crecieron los hoccos, á quienes llegados á la edad adulta, no abandonaron la casa.

Animados por el ejemplo, los pájaros y los cuadrúpedos salvajes se aproximaban y vivían en semifamiliaridad con los Robinsones, que parecían ser los soberanos de aquel Eden. El cercado no era ya temido por los habitantes del bosque, que siempre huyen del hombre de instintos destructores, y se había trocado en un punto de reunión al que acudían los seres más extraños. La plantación, que hubiera sido suficiente para las necesidades de treinta familias, alimentaba también á los animales. No había nada tan encantador como la vista de aquella colonia, cuyos individuos disfrutaban de una felicidad tan valerosamente conquistada.

Sin embargo, ligera nube oscurecía el horizonte de uno de ellos. La alegría de Carlitos no era completa, porque cada uno de sus tres hermanos tenía un compañero que era de su exclusiva propiedad. Carlitos no ambicionaba un jaguar, ni un hormiguero, ni un *agami*: se contentaba con un mono. Los macacos, los coatás y otra porción de individuos de su especie iban de vez en cuando á ejecutar delante de la casa sus fantásticas cabriolas; pero nunca se dejaban coger, por lo cual estaba Carlos desconsolado.

Á cien metros de la choza se elevaba un bachá en cuyas admirables palmas había instalado su domicilio una tribu de cásicos. Estos pájaros, del tamaño de la oropéndola, y como ella amarillos, con cabeza y alas negras, tienen la costumbre de vivir en numerosas compañías. En un mismo árbol construyen quince, veinte y treinta nidos sumamente curiosos, parecidos á largas bolsas, provistos de una abertura lateral y colgados por algunos juncos en la extremidad de las hojas. Si por una parte tienen un aspecto muy original aquellos bolsillos de un metro de largo y treinta centímetros de ancho en la base, por otra ofrecen un abrigo seguro al inteligente volátil que los construye. No hay merodeador de huevos frescos, por pequeño que sea, que se atreva á aventurarse en los tenués hilos que sostienen aquellas aéreas habitaciones.

Para mayor seguridad, cuelgan los cásicos sus nidos de los árboles en que viven las *moacas de Jaya*,

terribles avispas de la Guayana. Estos himenópteros se llaman también *moscas-cartón*, á causa de la sustancia semejante al cartón que les sirve para hacer su nido, y que extraen de fibras vegetales aglutinadas con una especie de goma que segregan. Este nido, que á veces tiene más de cuarenta centímetros

de diámetro, no está provisto más que de una entrada, pero tan pequeña, que no puede dar paso sino á una sola mosca. Las *moscas de daga* y los cásicos viven en el mejor acuerdo, y lejos de atacarse se unen para rechazar al enemigo común.

El bachá de la *Buena Madre* tenía también su cor-



Tomó el cadáver del macaco.

respondiente nido de *moscas de daga*. Cierta mañana un lindo macaco, muy goloso por aquellas moscas, resolvió declararles la guerra; aun no había amanecido, y los insectos, que todavía dormían, iban á salir. A pesar de los ensordecedores gritos de los cásicos, el macaco se instaló cómodamente cerca del nido, se puso en el hombro á su hijo, y esperó que despertasen los durmientes. Viendo que nada se movía, empezó el goloso á impacientarse y á dar algunos golpes secos en la sonora pared del nido, mientras

aplicaba sobre la abertura el índice de la otra mano.

Un ligero zumbido le advirtió que se despertaba la colonia; retiró el dedo, asomó una mosca la cabeza, y... ¡zas! los dos dedos negros cogieron el insecto, aplastaron su abdómen, surgió el aguijón inofensivo, y la mosca quedó completamente destrozada. Salió otra, y tuvo la misma suerte, y luego otra, y otra, en número indefinido. Como la salida de las avispas podía ser más rápida que su consumo por el cuadrumano, regularizaba la operación tapando la abertura con



el dedo de la mano izquierda, mientras la derecha verificaba el traslado del nido á la boca. Aquel movimiento bi-automático se cumplió con regularidad mecánica durante media hora y sin la menor vacilación. El gloton no se saciaba, seguía triturando, y parecía que iba á continuar indefinidamente causando la desesperación de uno de sus congéneres, que se había acercado sin hacer ruido, y que contemplaba con envidia aquel festín, en el cual no podía tomar parte.

El que llegó primero no estaba dispuesto á abandonar su sitio, y la conquista era harto difícil para intentarla á viva fuerza. Si el dedo obturador se desmenuaba medio segundo, se hubieran visto rodeados ambos monos por un enjambre de avispas irritadas, cuyas picaduras son horriblemente dolorosas, y con frecuencia mortales.

El recién venido renunció á establecer competencia, y encaramándose á lo alto del bambú, se colgó por la cola, con la cabeza baja, balanceándose frenéticamente durante algunos minutos. Aunque en tal posición no era fácil meditar, acudieron las ideas al cerebro del macaco, y pudo descubrir un gran racimo de frutos maduros, que pesaría lo ménos veinte libras, y que estaba pendiente á dos metros, encima del aficionado á las moscas de agua. Midió con la vista la distancia que le separaba del suelo, se determinó de risa, se rasó y se puso á morder con verdadera furia el pedúnculo carnoso, que no tardó en desprenderse, dejando caer el racimo, el cual arrastró en su caída el nido, y aplastó al egoísta rompiéndole el espinazo.

El autor de aquella lúgubre burla creía ponerse en pocos segundos al abrigo del aguijón de las moscas irritadas, pero no contó con los cásicos. Estos, al ver el atentado de que habían sido víctimas sus vecinos, comenzaron á gritar formando un círculo amenazador. En vano saltaba de rama en rama tratando de escaparse; las moscas, guiadas por los pájaros, se arrojaron sobre él y le acerbillaron con sus picaduras, hasta que hinchado como un odre cayó sobre una raíz haciéndose pedazos.

Los Robinsones presenciaron aquel drama aéreo que les había interesado. Casimiro se adelantó muy despacio, sin pronunciar una palabra y sin hacer movimientos bruscos, teniendo llamar la atención de las avispas, ocupadas en reparar los desperfectos de su

morada. Tomó el cadáver del macaco, á quien su hijo estrechaba con fuerza, y se lo llevó á casa triunfalmente.

Carlos no tenía nada que envidiar á sus hermanos: se habían cumplido sus deseos: ya tenía un mono.

Hemos dicho que había trascurrido un año desde que la valerosa familia del proscrito pudo unirse á su jefe. Acababa de comenzar la estación de las lluvias, y gracias á su prodigiosa actividad, los Robinsones de la Guayana podían desafiar el hambre y resistir á la intemperie. La choza común se encuentra en perfecto estado. Las provisiones de todas clases están almacenadas en varios depósitos bien cubiertos y perfectamente ventilados. La eria de boccos se ha hecho sin contratiempo alguno.

Cierto número de tortugas de tierra, llamadas por Casimiro *totu-lacté*, sabrosa sopa del porvenir, están instaladas cerca del corral, en compañía de unos tajasues pequeños que aun maman. La vida material está asegurada.

Durante la fatigosa estación del invierno no faltaron distracciones á los miembros de la colonia. El guardarropa necesitaba ser renovado, y con este objeto se ha recogido en tiempo oportuno una cantidad considerable de algodón. Un telar, muy sencillo, primitivo pero suficiente, ha sido instalado por Robín y Nicolás. Funciona bien y suministra tejidos aceptables. Cada cual, excepto Casimiro que lleva los pies desnudos, está provisto de calzado ligero, resistente y cómodo, análogo al mocasin de los indios de América del Norte. El saluceo seguirá siendo, con modificaciones, el cubre-cabeza obligado. Las fibras de araña constituyen su primera materia.

Por último, una gran cantidad de papel-mahot, bien seco y muy reluciente, se halla á disposición de todos. Aquellos largos y lluviosos días no serán estériles. El talento de los niños se desarrolla sin cesar. Los Robinsones de la Guayana no serán pequeños salvajes, y darán honra á los FRANCÉSSES DEL ECUADOR.

FIN DEL TIGRE BLANCO.

## ADVERTENCIA.

Terminando en este número la novela EL TIGRE BLANCO, en el próximo empezaremos la publicación de otra del mismo autor, titulada EL SECRETO DEL ORO, y que forma la segunda parte de la que hoy concluye.

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

# SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

Pero aquellas discusiones no se entablaban con el ardor de los primeros momentos: si uno de nosotros pronunciaba una palabra no recibía más respuesta que algún monosílabo; podía decirse que el día era noche y que lo blanco era negro, sin que estas afirmaciones suscitasen la menor contradicción.

— Está bien; verémos.

— ¿Hace dos días que estamos sepultados, ó seis? Ya nos los dirán cuando estemos al aire libre. ¿Pero llegaría este momento deseado? Por mi parte lo dudaba mucho.

Después de todo no era el único que así pensaba, y algunas veces oía á mis compañeros observaciones que demostraban sus dudas idénticas á las mías.

— Lo que me tranquiliza, si muero aquí — dijo Bergounhoux — es que la Compañía concederá una pensión á mi mujer y á mis hijos y no se verán en la necesidad de pedir limosna.

El *magister* había comprendido, sin duda, que sus funciones de jefe no se limitaban á protegernos de los accidentes de la catástrofe, sino á protegernos de nosotros mismos.

— Tú no quedarás aquí más tiempo que los demás: los cuévanos funcionan sin interrupción, y el agua sigue bajando.

— ¿Por dónde baja?

— En los pozos.

— ¿Y en la galería?

— Ya llegará eso; es preciso tener paciencia.

— Oye, Bergounhoux — interrumpió Carrery con la oportunidad y prontitud que caracterizaban todas sus observaciones — si la Compañía quiebra como la del *magister*, se quedará tu mujer sin pensión.

— ¡Calla, imbécil! La Compañía es muy rica.

— Era rica cuando tenía la mina, pero ahora está inundada. Si yo estuviese fuera de aquí, me alegraría de ese percance.

— ¿Por qué?

— Porque los directores y los ingenieros estaban orgullosos. Ahora aprenderán. Si el ingeniero hubiese bajado, nos hubiéramos divertido. ¿No es verdad? Señor ingeniero, ¿os traigo la brújula?

— Si el ingeniero hubiera bajado seguirías aquí, gran bruto, y nosotros también.

— ¡Ah! vosotros sabéis mucho y no debéis incomodaros, pero yo tengo que hacer algunas cosas; ¿quién va á secar mis castañas? Diría el ingeniero

que subiera y me reiría en grande. ¡Buenos días, señor ingeniero!

Excepto el *magister* que ocultaba sus sentimientos, y Carrery, que no se inquietaba por nada, ya no habíamos de salvarnos, y las palabras que subían del corazón á los labios eran de muerte y abandono.

— Por más que digas, *magister*, los cuévanos no sacarán bastante agua.

— Os he hecho el cálculo más de veinte veces; tened un poco de paciencia.

— Si, pero el cálculo no nos sacará de esta tumba.

Pagés fué quien hizo esta reflexión.

— ¿Y quién nos sacará?

— El buen Dios.

— Es posible; cúmplase su voluntad — replicó el *magister* — El puede sacarnos de aquí.

— Si estamos sepultados en este sitio — dijo Pagés — es porque entre nosotros hay algún malvado á quien Dios quiere castigar.

— Así debe ser — dijo Bergounhoux. — Dios quiere dar á alguno de nosotros ocasión para que expie y redima su falta. ¿Será Pagés? ¿seré yo? No lo sé. Por mi parte puedo decir que me presentaría delante de Dios con la conciencia tranquila si en los últimos años me hubiera conducido como un buen cristiano; le pido perdón de mis faltas y me arrepiento con todo mi corazón.

Púsose de rodillas y empezó á darse golpes de pecho.

— En cuanto á mí — exclamó Pagés — no puedo decir que no tenga pecados en mi conciencia, y los confieso todos delante de vosotros; pero el ángel de mi guarda y mi patron San Juan saben muy bien que no he pecado voluntariamente y que nunca he hecho mal á nadie.

No sé si por la influencia de aquella prision sombría ó por la misteriosa claridad de la lámpara que iluminaba trabajosamente tan singular escena, es lo cierto que experimenté una emoción profunda al escuchar la confesión pública de Pagés y Bergounhoux y que tuve intenciones de confesarme como ellos.

De pronto oí un gran sollozo á mi espalda, y volviéndome, vi que el gigantesco Compayron se hinca de rodillas sobre la meseta.

— El culpable — exclamó — no es Pagés, ni Bergounhoux; soy yo. Soy yo, á quien el buen Dios castiga, pero le pido perdón y me arrepiento. Voy á decir la verdad; escuchadme: si salgo de aquí juro re-

parar el mal que hecho, y si no salga vosotros le repararéis. Hace un año fué condenado Rouquette á cinco años de prision por haber robado un reloj en casa de Vidal. Es inocente. Yo he sido el que le robó. El reloj está escondido debajo de mi cama; levantando la tercera baldosa de la izquierda le encontraréis.

— ¡Al agua, al agua! — gritaron á un tiempo Pagés y Bergounhoux.

— Si quereis arrojarle al agua — dijo el *magister* — me arrojaréis á mí con él.

— ¡ Bueno! No le echarémos al agua, pero con una condicion: vas á dejarle en su sitio; que nadie le hable ni se ocupe de él para nada.

— Eso es justo — dijo el *magister* — tiene lo que merece.

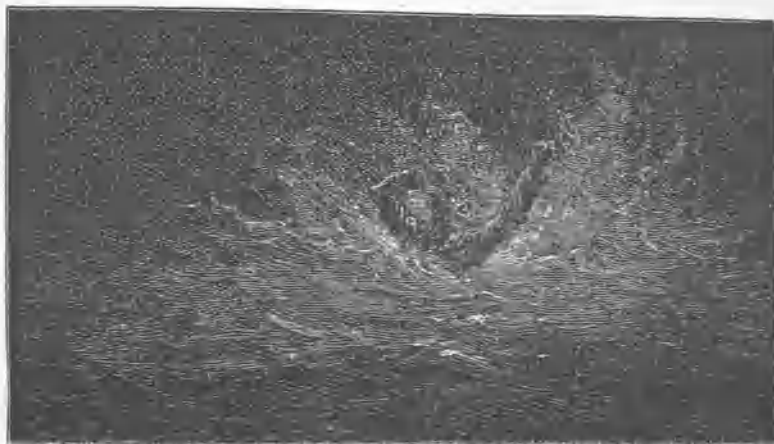
En cuanto el *magister* hubo pronunciado aquellas palabras que encerraban la sentencia de Compayron, nos estrechamos unos contra otros, el tío Gaspar, el *magister* y yo, dejando un hueco entre nosotros y el infeliz que estaba postrado sobre el carbon.

Allí permaneció durante muchas horas sin hacer movimiento alguno repitiendo tan sólo de vez en cuando:

— Me arrepiento, me arrepiento.

Entónces le decian Pagés y Bergounhoux:

— Ya no es tiempo: te arrepientes porque tienes



Saltó el agua hasta nosotros.

miedo, cobarde. Hace seis meses, hace un año que has debido arrepentirte.

El desgraciado sollozaba sin responder directamente y repitiendo:

— Me arrepiento, me arrepiento.

Habíase apoderado de él la fiebre, y se oía el estremecimiento de su cuerpo y el clusquido de sus dientes.

— Tengo sed — dijo — dadme la bota.

No había agua en ella y me levanté para bajar á buscarla; pero Pagés que vió mi accion, me gritó para detenerme, y en el mismo instante me contuvo el tío Gaspar.

— Hemos jurado no ocuparnos de él — dijo Pagés.

Durante unos momentos, repitió Compayron que tenía sed, y luégo se levantó para bajar él mismo por agua.

— Va á descomponer los escombros — gritó Pagés.

— Dejadle al ménos que haga lo que quiera — dijo el *magister*.

Compayron, que me había visto bajar ántes dejándome resbalar de espaldas quiso imitarme, pero yo era ligero y él muy pesado, yo ágil y él como una masa inerte. No bien se colocó de espalda empezó á desmoronarse el carbon, y sin que pudiera hacer hincapié con sus piernas separadas ni apoyarse en los

brázos que agitaba en el vacío, se deslizó por el oscuro agujero. Saltó el agua hasta nosotros y volvió á cerrarse el trenolino que abrió su cuerpo.

Me incliné hácia delante, pero el tío Gaspar y el *magister* me detuvieron cada uno por un brazo.

Temblando de miedo, retrocedí bruscamente.

— Era un malvado — dijo el tío Gaspar.

— Ahora todo irá bien — dijo Pagés golpeando con sus piés la pared del socavon.

Si las cosas no marchaban tan rápidamente como queria Pagés, no era por culpa de los ingenieros y de los trabajadores que se ocupaban en salvarnos.

La bajada que se había comenzado á perforar continuaba sin punto de reposo. Pero el trabajo era muy difícil.

El carbon, á través del cual se practicaba el paso, era lo que los mineros llaman *nercioso*, es decir, muy duro, y como á causa de la estrechez de la galería no podía trabajar más que un solo piquero, era preciso relevarle con frecuencia, pues los obreros que ocupaban aquel puesto se cansaban al poco tiempo, por el afán con que cumplian su penoso deber.

La ventilacion de la galería se verificaba en malas condiciones; á medida que iban adelantando el trabajo, se colocaban tubos de hoja de lata, cuyas uniones eran embetunadas con greda; un poderoso ventilador

enviaba aire por aquellos tubos, pero las lámparas no ardían más que en el orificio de salida.

Todo este retardaba la perforación, y al sétimo día de nuestra prisión no se había podido llegar más que á una profundidad de veinte metros. En circunstancias normales se hubiera empleado un mes en practicar una galería de esta longitud, pero con los medios de que se disponía y con el ardor de los obreros se había triplicado la rapidez del trabajo.

Era necesaria toda la noble obstinación del ingeniero para continuar aquella empresa, pues la opinión general declaraba inútiles sus humanitarios esfuerzos. Todos los mineros que estaban en la mina cuando ocurrió la inundación, habían perecido. No había que hacer otra cosa sino proseguir el agotamiento con auxilio de los *cadáveres* y esperar en que un día ú otro se encontrarían todos los cadáveres. Siendo esto así, cómo no podía ménos de suceder, ¿qué importancia tenía llegar unas cuantas horas antes ó despues?

De igual modo se expresaban las personas competentes que el público en general; los parientes, las mujeres, las madres de los mineros que bajaron á la Truyère, todos se habían vestido de luto. Era imposible que saliese *Algún vivo* de la mina.

Sin interrumpir los trabajos de agotamiento, que marchaban sin más dilaciones que las resultantes de avería en los aparatos, y á pesar de las críticas universales y de las observaciones de sus amigos y compañeros de profesión, el ingeniero mandaba continuar sin descanso la bajada.

Su carácter ofrecía aquella torquedad y aquella fe generosa que hizo descubrir á Colón un nuevo mundo.

—Un día más, amigos míos—decía á los obreros—y si mañana no observamos alguna novedad, renunciaremos á nuestros propósitos; os pido para vuestros camaradas lo mismo que pediría para vosotros si os encontraseis en su situación.

La confianza que le animaba pasaba al corazón de los obreros, que llegaban desanimados por los rumores que circulaban en el pueblo, y volvían participando de sus convicciones.

Y con una constancia y una actividad pasmosas, seguían profundizando la bajada.

Ademas, el ingeniero mandó revestir de madera el paso á la lampistería que se había hundido en varios puntos, y de este modo, por todos los medios posibles, se esforzaba en arrancar á la mina su terrible secreto y también sus víctimas si aún contenía algunas vivas.

Al sétimo día, en un relevo, el piquero que acababa de llegar y que se disponía á introducir su pico en el carbon, creyó oír un ligero ruido, como si *Algún* diera débilmente varios golpes; en vez de bajar su pico le detuvo en el aire y acercó su oído al carbon. Luego, pensando que podría equivocarse, llamó á uno de sus compañeros para que escuchase también. Ambos permanecieron silenciosos; y despues de esperar un rató llegó hasta ellos un débil rumor repetido por intervalos iguales.

La noticia corrió de boca en boca con la velocidad del rayo, encontrando más incredulidad que buena fe en los que la oían, y llegó hasta el ingeniero.

¡Al fin tenía razon! ¡En la mina había algunos hombres vivos á quienes era preciso salvar!

Varias personas siguieron al ingeniero, que se precipitó por la galería adelante; cuando llegó al final se detuvo, poniéndose á escuchar; pero estaba tan trémulo y tan conmovido que no pudo oír nada.

—No oigo—dijo con acento de desesperación.

—Es el genio de la mina—dijo un obrero, que quiere jugarlos una mala pasada y golpea para engañarnos.

Pero los dos piqueros que habían oído primeramente sostuvieron que no se habían engañado y que á sus golpes respondieron otros golpes. Eran los dos hombres viejos y experimentados en el trabajo de las minas, y cuya palabra tenía autoridad entre sus compañeros.

El ingeniero hizo salir á los que le habían seguido y aun á los obreros que formaban la cadena para extraer los escombros, no dejando á su lado más que á los dos piqueros.

Entónces hicieron una llamada con piquetazos fuertemente señalados y con intervalos iguales, y luego, conteniendo la respiración, aplicaron el oído.

Despues de un momento de febril impaciencia recibieron una profunda conmoción: varios golpes débiles, acompasados y uniformes, respondían á los suyos.

—Golpead más y siempre con intervalos para asegurarnos de que no es la repercusión de vuestros golpes.

Obedecieron los piqueros, y al punto resonaron los mismos golpes acompasados que habían oído, es decir, la llamada de los mineros, que respondía á la suya.

Ya no era posible dudar: había hombres vivos y podía salvarseles.

La noticia cruzó la población como un reguero de pólvora, y la multitud acudió á la Truyère en mayor número y más conmovida quizás que el día de la catástrofe. Las mujeres, los niños, las madres y los parientes de las víctimas llegaron trémulos y abrigando la esperanza de encontrar á los seres que creían perdidos.

¿Cuántos se habrían salvado? Indudablemente muchos.

Todos los circunstantes querían abrazar al ingeniero.

Pero él, tan impasible ante la alegría como lo estuvo cuando era objeto de burlas y de amenazas, no pensaba más que en salvar á los infelices sepultados, y para separar á los curiosos y á las familias pidió al comandante militar algunas fuerzas de la guarnición que defendieran la entrada de la galería, protegiendo á los trabajadores.

Eran tan débiles los sonidos que se oían, que con dificultad se podía precisar el sitio de donde procedían. Pero la indicación era suficiente, sin embargo, para decir que algunos obreros que se libraron de la inundación se hallaban en uno de los tres socavones de la galería horizontal de las obras antiguas. Ya no habrá una bajada que vaya al encuentro de los prisioneros, sino tres, dirigidas á los tres socavones. Cuán-

de se avance más y se oiga, se abandonarán las bajadas inútiles para concentrar los esfuerzos en la que sea mejor.

Vuélvese al trabajo con nuevos bríos, y las compañías próximas á la Truyère rivalizan en enviar sus mejores piceros.

A la esperanza nacida de la excavacion de las bajadas hay que añadir la de llegar por la galería, pues el agua disminuye sensiblemente en los pozos.

Cuando oímos en nuestro socavon la llamada que hizo el ingeniero, experimentamos la misma impresion que cuando llegó á nuestros oidos el rumor de los *cuécanos* de agotamiento al caer en los pozos.

— ¡Estamos salvados!

Un grito de alegría se escapó de nuestras bocas, y sin reflexionar más creímos que nos iban á dar la mano en el momento.

Y lo mismo que sucedió cuando los *cuécanos* de agotamiento, despues de la esperanza llegó la desesperacion.

El ruido de los picos anunciaba que los obreros se hallaban todavia á gran distancia. Veinte metros, treinta quizás. ¿Cuánto tiempo tardarian en perforar aquella masa? En este punto no estaban conformes nuestros cálculos: un mes, una semana, seis dias. ¿Podriamos seguir esperando? ¿Cuál de nosotros viviría seis dias más? ¿Cuánto tiempo habiamos pasado ya sin comer?

Entre todos nosotros, únicamente el *magister* era el que hablaba con seguridad, pero al fin y al cabo se contagiò con nuestro abatimiento y la debilidad triunfó de su firmeza.

Si bien podiamos beber hasta saciarnos no sucedia lo mismo con la comida, y habia llegado el hambre á ser tan insoportable, que se trató de comer madera podrida desmigajada en agua.

Carrory, que era el más hambriento, cortó en pedazos la bota que le quedaba y comía continuamente pequeños trozos de cuero.

Observando hasta qué extremo podia conducir el hambre á mis camaradas, confieso que me dejé dominar por un sentimiento de terror que, unido á los naturales disgustos de la situacion en que me hallaba, producía en mi ánimo un malestar indecible. Muchas veces oí referir á Vitalis historias de naufragios, pues habia viajado bastante por el mar, y entre aquellos relatos recordaba uno que no dejaba de presentarse á mi memoria desde que éramos victimas del hambre: en dicha historia figuraban algunos maraños arrojados por el mar á un islote arenoso en el que no encontraron el más pequeño alimento, viéndose obligados á matar al grumete para comérsela. Al oír á mis compañeros expresar el hambre que tenían, me preguntaba con ansiedad si me estaria reservada la misma suerte y si en aquel islote de carbon me matarian tambien para comérmela. Estaba seguro de encontrar defensores en el *magister* y en el tío Gaspar; pero Bergounhoux, Pagés y Carrory, Carrory sobre todo, con sus enormes dientes que desgarraban el cuero de su bota no me ofrecian confianza alguna.

Indudablemente eran infundados aquellos temores míos, pero en la situacion en que nos encontrábamos

no era la sana razón la que dirigía nuestro espíritu ni nuestra inteligencia.

Lo que aumentaba más y más nuestro espanto era la carencia de luz. Sucesivamente se habian apagado nuestras lámparas, y cuando no quedaron más que dos, dispuso el *magister* que no se encendiera sino en circunstancias extraordinarias y cuando la luz fuera indispensable. Por esta causa permaneciamos todo el tiempo en las tinieblas.

No solamente era lúgubre aquella situacion sino tambien peligrosa, porque si haciamos algun movimiento con torpeza, podiamos caer al agua.

No habia más que tres hombres en cada meseta, y esta circunstancia nos proporcionaba mayor comodidad: el tío Gaspar estaba en un rincón, el *magister* en otro y yo en medio.

Una vez estando ya casi dormido me sorprendió mucho oír al *magister* que hablaba á media voz como si soñase.

Me desperté poniéndome á escuchar.

— Hay nubes —decia— ¡cuán hermosas son las nubes! Algunas personas no gustan de las nubes; á mí me gustan mucho. ¡Ah! ¡Ah! tendremos viento. ¡Tanto mejor! A mí tambien me gusta el viento.

¿Soñaba? Le saqué un brazo, pero continuó:

— Si quereis darme la mitad de seis huevos, la comeré; pero me gustaria más de ocho; podéid doce y dejádmela para cuando vuelva.

— ¿Oís, tío Gaspar?

— Sí, está soñando.

— No, esta despierto.

— Dice tonterías.

— Os aseguro que está despierto.

— ¡Eh! ¿*magister*!

— ¿Quiereis venir á comer conmigo, Gaspar? Ven, pero te prevengo que soplará un viento muy fuerte.

— Pierde la cabeza —dijo el tío Gaspar— ¡tiene hambre y fiebre!

— No, está muerto —dijo Bergounhoux, y habla su alma. Ya veis que está en otro mundo. ¿Cuál viento es el que sopla, *magister*, es el mistral?

— ¡No hay mistral! — exclamó Pagés.

¿Hubrian perdido todos la razon? ¿Estarian locos? En este caso, ¿se pegarian y se matarian? ¿Qué hacer?

— ¿Quereis agua, *magister*?

— ¡No, gracias! Beberé cuando coma mi tortilla. Durante algun tiempo siguieron hablando entre sí sin responderse y en medio de la incoherencia de su conversacion sobresalian las palabras *comer, salir, cielo, aire.*

Súbitamente me asaltó la idea de encender la lámpara. Estaba colocada junto al *magister*, así como los fósforos.

En cuanto la encendí y vieron brillar la llama, se callaron.

Luego, al cabo de un instante de silencio, preguntaron qué ocurría, como si salieran de un sueño.

— Deliráis —dijo el tío Gaspar.

— ¿Quién?

— Tú, *magister*, Pagés y Bergounhoux; deciais que estabais fuera y que hacia mucho viento.

De vez en cuando golpeábamos la pared para decir á nuestros salvadores que estábamos vivos; los golpes de sus picos en el carbón llegaban á nuestros oídos con más claridad, aunque no dejaba de conocerse que todavía estaban lejos.

En cuanto encendí la lámpara fui á buscar agua en la bota y me pareció que el nivel del agua había bajado algunos centímetros.

— ¡Bajan las aguas!

— ¡Dios mío!

Tuvimos de nuevo un instante de esperanza.

Querían que permaneciese la lámpara encendida para ver la marcha del descenso, pero el *magister* se opuso terminantemente. Entonces creí que iba á estallar una sublevación. Pero el *magister* no mandaba algo que no fuese acompañado de buenas razones.

— Dentro de poco tiempo necesitaremos las lámparas; si ahora gastamos el aceite, ¿qué haremos cuando tengamos que utilizarlas. Y además, ¿no creéis que la impaciencia os mataría al ver que el agua baja insensiblemente? Porque no debéis confiar en que baja de un solo golpe. Nos salvaremos, perded cuidado. Todavía tenemos trece fósforos y nos serviremos de ellos cuantas veces queráis.

Se apagó la lámpara. Bebimos todos abundantemente y no volvió el delirio á apoderarse de nosotros. De esta manera, y durante largas horas, y acaso días, permanecimos inmóviles, sin más apoyo para sostener nuestra vida que el ruido de los picos al excavar la galería de bajada y el de los *cubanos* que se movían en los pozos.

Insensiblemente adquirían más fuerza aquellos ruidos, el agua descendía y se acercaban nuestros compañeros. Pero ¿llegarían á tiempo? Si el trabajo de nuestros salvadores aumentaba por momentos, también nuestra debilidad se hacía más intensa y más dolorosa: debilidad de cuerpo y debilidad de espíritu. Desde el día de la inundación no habían comido más compañeros, y lo que era más terrible, habíamos respirado un aire que no se renovaba nunca y que se hacía insano por momentos. Felizmente, y á medida que bajaba el nivel del agua, disminuía la presión atmosférica; si hubiera continuado siendo igual que en las primeras horas hubiésemos muerto por asfixia. En una palabra, si llegábamos á salir de aquella tumba, no se debía á otra cosa sino á la rapidez con que se habían llevado á cabo los trabajos de salvamento.

El ruido de los picos y de los *cubanos* continuaba con la regularidad de un péndulo, y cada interrupción, á causa del relevo, nos proporcionaba febriles emociones. ¿Nos abandonarían? ¿Encontrarían dificultades imprevistas? En uno de aquellos intervalos se oyó un ruido formidable, como un soplo de potencia inmensa.

— Es el agua que cae en la mina — dijo Carrory.

— No es agua — replicó el *magister*.

— ¿Qué es?

— Lo ignoro, pero no es agua.

Por más que el *magister* no había dado numerosas pruebas de su perspicacia, de su energía y de su intuición, no se daba crédito á sus palabras si no las demostraba con razones convincentes. No bien con-

fesó que desconocía la causa de aquel ruido (procedente, como después supimos, de un poderoso ventilador con el cual se enviaba aire á los obreros), volvió á asaltarnos la idea de la inundación.

— Enciende la lámpara.

— Es inútil.

— ¡Enciéndela, enciéndela!

Fué preciso que obedeciera, pues todas las opiniones se hallaban de acuerdo.

La claridad de la lámpara nos permitió ver que, lejos de subir el agua, había bajado.

— Ya estais viéndolo — dijo el *magister*.

— Subirá otra vez y ahora moriremos de seguro.

— Pues bien, acabaremos pronto; yo no puedo más.

— Trae la lámpara, *magister*; voy á escribir una carta para mi mujer y mis hijos.

— Escribe también en mi nombre.

— Y en el mío.

El que había pedido la lámpara para escribir á su mujer y á sus hijos era Bergounhox, que tenía en su bolsillo un pedazo de papel y un lápiz.

— Oid lo que voy á decir — continuó, disponiéndose á escribir: — «Nosotros, Gaspar, Pagés, el *magister*, Carrory, Kemi y yo, encerrados en el socavou, vamos á morir. Yo, Bergounhox, pido á Dios que sirva de esposo á mi viuda y de padre á mis huérfanos; á todos envié mi bendición.» ¿Y tú, Gaspar?

— Gaspar da todo lo que tiene á su sobrino Aléxis.

— Pagés recomienda su mujer y sus hijos á la bondad de Dios, á la Santísima Virgen y á la Compañía de las almas.

— ¿Tú, *magister*?

— Yo no tengo á nadie — dijo con tristeza — nadie me há de llorar.

— ¿Veamos, Carrory?

— Yo — exclamó Carrory — recomiendo que vendan mis castañas antes de que se sequen.

— No podemos malgastar el papel en escribir esas tonterías.

— No son tonterías.

— ¿Tienes alguna persona á quien abrazar? ¿Tu madre?

— Sí, es la que ha de heredarlos.

— ¿Y tú, Kemi?

— Kemi lega á *Capi* y el arpa á *Mattia*; envía un abrazo á Aléxis y le ruega que busque á Lise y le devuelva una rosa seca que hay en su chaqueta.

— Firmaremos todos.

— Yo haré una cruz.

— Ahora — dijo Bergounhox en cuanto estuvo el papel firmado por todos — pido que me dejéis morir tranquilo sin hablarme ni una palabra. ¡Adiós, compañeros.

Y dejando su meseta vino á la nuestra para abrazar á los tres que en ella estábamos; volvió á la suya, abrazó á Pagés y Carrory, hizo un montón de carbouilla, puso encima la cabeza y se tendió cuan largo era sin hacer el más pequeño movimiento.

Las emociones de la carta y la despedida de Bergounhox no nos dieron ciertamente muchas fuerzas.

Entre tanto continuaban los piquetazos oyéndose cada vez con más claridad y era indudable que no

tanjarían nuestros salvadores en llegar hasta el sitio en que nos hallábamos.

El *magister* trató de explicarnos lo que sucedía para darnos, sin duda, alientos.

— Si estuviesen tan cerca como tú crees se oírían sus voces, y no las oímos mejor que ellos oyen las nuestras.

— Acaso se encuentren á pocos metros, y sin embargo, no puedan oírnos; esto depende de la naturaleza del terreno que han de atravesar.

— Ó de la distancia.

Sin embargo, el agua bajaba visiblemente y no tardamos en tener una prueba de que ya no llegaba á la bóveda de las galerías.

En el escape del socavon oyóse una especie de ruido y el agua saltó en gotas como si hubiesen caído en ella pedazos de carbon.

Encendimos la lámpara y vimos algunas ratas enormes que corrían por debajo del socavon. Sin duda habían encontrado, como nosotros, alguna campana de aire que les sirviera de refugio, y cuando empezó á bajar el agua abandonaron su abrigo para buscar alimento. El hecho de que habían podido llegar hasta nosotros demostraba que el agua descendía en las galerías.

Fueron aquellas ratas para nuestra prisión lo que la paloma para el arca de Noé: el fin del diluvio.

— Bergounhoux — dijo el *magister*, alzándose hasta la meseta superior — ten ánimo.

Y le explicó que las ratas anunciaban nuestra próxima salvacion.

Pero Bergounhoux no se dejó convencer.

— Si he de pasar otra vez de la esperanza á la desesperacion, prefiero no esperar; aguardo la muerte; ¿si viene la libertad, bendito sea Dios!

Baje hasta la entrada del socavon para ver con certeza el descenso de las aguas. La disminucion era evidente y había un gran vacío entre el agua y la bóveda de la galería.

— Tráenos algunas ratas — me gritó Curroy — y así podrémos comer algo.

Para coger alguno de aquellos roedores era preciso ser más ágil que yo.

Sin embargo, me reanimó la esperanza, y el vacío de la galería me inspiró una idea tenaz. Al poco rato subí á la meseta.

— *Magister*, tengo una idea: puesto que las ratas circulan por la galería, es indudable que se puede pasar por ella; voy á ir nadando hasta las escalas. Podré llamar, hacerme oír, y auxiliar de esta manera nuestra salvacion; y vendrán á buscarnos más pronto que por la bajada.

— ¡Te lo prohíbo!

— Pero, *magister*, yo nado con tanta facilidad como vos andáis, y me encuentro en el agua como una anguila.

— ¿Y si el aire no es respirable?

— Si las ratas pasan no será el aire peor para mí que para ellas.

— ¡Anda, Kemi! — dijo Pagés — yo te daré mi reloj.

— ¿Qué dices acerca de esto, Gaspar? — preguntó el *magister*.

— ¡Nada; si crees que puede llegar hasta las escalas, que vaya; no tengo derecho para impedirselo.

— ¿Y si se ahoga?

— ¿Y si se salva, en vez de morir aquí esperando?

El *magister* estuvo pensativo durante unos minutos, y luego, cogiéndome por la mano, me dijo:

— Eres valiente, hijo mío, haz lo que quieras; me parece que intentas realizar una cosa imposible; pero no es la primera vez que el éxito corona la osadía. Abázanos.

Le abracé, así como al tío Gaspar, y quitándome la ropa me lancé al agua.

— No dejéis de gritar con intervalos — dije ántes de echarme á nadar — vuestras voces me servirán de guía.

Después de dar algunas brazadas, comprendí que podría nadar, yendo despacio, para no darme algun golpe en la cabeza: era posible, por consiguiente, la empresa que acometia. Pero, al terminarla, ¿encontraría la muerte, ó la libertad?

Volvíme, y descubrí la luz de la lámpara, reflejada en las negruzcas aguas, y que me servía de faro.

— ¿Vas bien? — gritó el *magister*.

— Sí.

Seguí avanzando con precaucion.

Para ir desde nuestro socavon hasta las escalas, la dificultad consistía en la direccion que debía tomar, pues en un sitio, no muy apartado de allí, había una encrucijada.

Era preciso no engañarme en la oscuridad, si no quería perderme. La bóveda y las paredes de la galería no eran suficientes para orientarse, pero en el suelo tenía un indicador más seguro: los rails. Siguiéndoles sin interrupcion, podía llegar hasta las escalas.

De vez en cuando bajaba los pies, y después de tropezar las férreas barras, me levantaba muy despacio. Con los rails debajo de mí y la voz de mis compañeros detras, ya no podía perderme.

La debilidad de aquellos gritos por una parte, y el ruido, cada vez más fuerte, de los *enfermos*, me hacían comprender que avanzaba. Al fin volvería á ver la luz del sol, contribuyendo á la salvacion de mis camaradas! Esta idea me daba nuevos alientos.

Avanzando por un medio de la galería, no tenía que hacer más que ponerme de pié para encontrar el rail, y con frecuencia me limitaba á tocarle. En uno de aquellos movimientos, no di con él, y me sumergí para buscarle con las manos; pero inútilmente, fui de una pared á otra sin hallar nada.

Me había equivocado.

Permanecí inmóvil para darme cuenta de mi posicion y para reflexionar; las voces de mis compañeros apenas eran perceptibles.

Respiré con fuerza, y tomando abundante provision de aire, me sumergí de nuevo, sin ser más afortunado que la vez primera. No encontré ningun rail.

(Se continuará.)

# INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

## AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Al propio tiempo, una lluvia torrencial, como sólo se ve en los países situados en la zona tórrida, se desprendía de las apiñadas nubes é inundaba la llanura, convirtiéndola en un inmenso lago de agitadas y revueltas aguas.

Aumentaban más el horror de aquel pavoroso cuadro abigarradas multitudes de cuadrúpedos, que en loca y desatentada carrera huían en todas direcciones.

En medio de la profunda oscuridad que gravitaba en derredor, interrumpida sólo por la momentánea luz de los relámpagos, y á travos de los torrentes de agua que descendían de las nubes, veíanse correr, como en vision fantasmagórica, con formas indecisas, indeterminadas, grupos compuestos de muchos miles de animales, que se atropellaban unos á otros por escapar de la enloquecida saña de los elementos.

Sobre los que caían pasaban en arrebatado impulso los que iban detrás. Aquella irresistible avalancha pisoteaba, hendía y desarraigaba cuantas plantas, juncos y arbustos encontraba al paso. En pos de ellos espoléandolos á su vez, corría, amenazador y terrible, el turbión de encepagadas aguas que todo lo invadían.

Heridas por el rayo desplomábanse en el suelo las erguidas palmeras, los robustos robles, las verdes acacias. También el impetuoso torbellino arrancaba de cuajo buen número de árboles, que mostraban á la intemperie sus desarraigadas raíces.

El ambiente parecía tan saturado de electricidad, que era poco ménos que irrespirable; fatigaban los pulmones los efluvios acuosos que en su movimiento de rotación arrastraba consigo el huracán.

¡Bien apercibiéronse anticipadamente las aves del cambio atmosférico que iba á sobrevenir!

Su solo instinto y, tal vez, singulares efectos que experimentaron en su organizacion al surcar el espacio, en el que debían agitarse ya los invisibles factores de la tempestad, hicieronles comprender que ántes de mucho se desencadenaría el mal tiempo con todos sus horrores y peripecias. Y poseídas de espanto, medio sofocadas por el enrarecimiento del ambiente, huían con desalentado afán delante de los siniestros augurios que tanto las alarmaban.

Pero el combate de los elementos fué de escasa duración; por ensalmo, casi con la misma instantaneidad con que emprendieron la lucha, vióseles deponer el encono que les animaba.

Los rayos del sol polar desgarraron las apiñadas nubes, que al sentir su contacto se deshicieron en la

atmósfera; el azul del cielo mostráse plácido y brillante, y el huracanedo torbellino cesó de repente en su movimiento glacial.

La Naturaleza, pues, pareció quedar en calma, tranquila y sonriente como ántes; pero eran señales evidentes del rudo choque que acababa de experimentar, los árboles hendidos por las chispas eléctricas, los arbustos desarraigados, las plantas aplastadas y el gran número de animales muertos, que parecían agitarse aún entre el limo cenagoso que dejaron las aguas en la llanura.

### II.

Trascurrieron unos días, y el insigne doctor Poey, hablando con los marineros de la pasada tempestad, decía refiriéndose á ella:

—Sí, amigos míos; estas borrascas revisten muchos de los caracteres de las que con tanta frecuencia ocurren en la zona tórrida. Sin embargo, la que, como quien dice, acabais de presenciar, distínguese por una particularidad que conceptúo propia suya. Las tempestades no deben ser muy frecuentes dentro del círculo polar; pero cuando estallan, su fuerza ha de ser avasalladora, terrible. Como ya habeis tenido ocasión de ver, la Naturaleza parece observar perpétua quietud en estos climas; los vientos son constantemente flojos; las calmas imperan á menudo; la superficie del mar días y días enteros se muestra inalterable..... ¿De qué proviene esta calma, este sosiego que por lo común domina aquí? De un hecho muy sencillo á mi entender: nuestro planeta en su movimiento cotidiano imprime á la atmósfera diferentes velocidades; en el polo gira sobre sí misma, mientras que en el Ecuador corre á razon de doscientas leguas por hora. Esta rapidez es causa del reposo que se experimenta en la tierra al rededor de su eje. Para que me comprendais mejor, mis bravos camaradas, os pondré un símil, vulgar si se quiere, pero exacto: representaos al mundo como una gran rueda; fijad un clavo en la llanta y otro en el cubo de ella, é imprimidle un impulso de rotacion sobre su eje; entónces veréis que el clavo de la llanta corre con gran velocidad, mientras que el del cubo parece que se encuentra inmóvil, estacionario.

—Es verdad, es verdad — prorumpieron á la sazón algunos de los oyentes del ilustrado antillano.

—Me habeis comprendido ¿eh? Pues paso adelante. Aunque en el círculo polar geográfico, por las razones dichas, guardan perfecta quietud los elemen-



tos, no es ésta tan absoluta que no suelan interrumpirla de vez en cuando algunas temibles borrascas. Quizás nos encontremos en la estación en que éstas son más frecuentes; y digo quizás, porque sólo en hipótesis me es permitido hablar ahora. El sol, en su diurna carrera, no sigue constantemente la línea equinoccial, sino que, según la época del año, ya se inclina al trópico de Cáncer, ya al de Capricornio; ahora bien, el polo Norte se encuentra actualmente oculto al sol, porque este astro desde el 22 de Diciembre ha entrado en el signo de Capricornio. Su movimiento tal vez produzca en el de la atmósfera algunas perturbaciones que, de rechazo, aunque momentáneamente, alterarán la eterna quietud que en estas regiones se disfruta.

— Y digo usted, don Pancho — tartamudeó el gaviero Cárcoles, mascando, según tenía de costumbre, un enorme trozo de tabaco de Virginia—ese barco inglés, hablo de la goleta *Gibbaltan*, que está encallado en la bahía, ¿fue arrastrado á los isletes por alguna manga de viento como la que hemos tenido ahora?

— No es posible determinarlo, mi buen amigo; aunque si tal ha sido la causa de su pérdida, es extraño que, á la corta distancia en que estabanos entonces con nuestros buques, no nos hubiese alcanzado una buena parte del temporal. Volviendo á nuestro tema anterior, añadiré, para concluir, que las tempestades en estas latitudes han de desenvolverse, por las especiales condiciones de la localidad, terribles vientos rotatorios; cuyo núcleo y centro de acción radianá muchas veces en el mismo polo geográfico ó á corta distancia de él.

Dejaré aquí con la palabra en la boca, como suele decirse, al dueño del señor Peey, para hacerme cargo de la situación de otros personajes, que supongo interesarán en gran manera al discretísimo lector.

Herida en el hombro cayó Clotilde por el traidor disparo de John Crossbow; ¡de su padre! según en energía apóstrofe manifestó Félix Ballesta.

Prescintáronse á socorrer á la infortunada joven su atribulado esposo y el sabio; éste desgarró las ropas que encubrían el miembro lesionado y examinó rápidamente la herida.... Después habló breves frases con *Borrasca*.

Fue tan rápida é imprevista la acción del inglés, que los marineros españoles quedaron por algunos momentos sobrecojidos de espanto, de sorpresa, de irresolución.... Casi dudaban de lo que veían.

Don Félix, que contemplaba de rodillas, anonadado, el pálido semblante de Clotilde y la roja sangre que manaba de la honda herida, irguióse fiero y terrible, exclamando:

— ¡Ah! ¡Infame, infame! ¡Tu vida por la de esta desventurada!

Á sus gritos contestaron, con eco simultáneo y amenazador, los marineros, que parecían reaccionarse contra el estupor que les embargaba.

— ¡Mueran, mueran los ingleses! — prorrumpieron á una voz y como movidos por un solo impulso.

Pero ya sus enemigos no se encontraban allí; velaseles á 50 ó más metros de distancia, alejándose precipitadamente de aquellos sitios.

— ¡Huye! ¡se escapa el maldito parricida! — gritó Félix Ballesta; y empuñando un revólver se precipitó en seguimiento suyo.

Pero el doctor abalanzóse á él, y deteniéndole le dijo:

— Dejadle, honrado capitán, dejadle. ¡Harto castigado va con la extraña revelación que le habéis hecho! ¡Advertid, sobre todo, que Clotilde reclama vuestros cuidados!

### III.

Bastante pagó el sabio y aun el mismo capitán Ballesta para contener la justa indignación de los marineros. Entre tanto, *Borrasca* había construido rápidamente con ramos de árboles una parihuela; en ella se depositó á Clotilde, que seguía desmayada; y entre el *percheleto* y Juan Perez Calafate condujéronla, por orden del doctor, á la caseta del fuerte.

Allí acudieron cuantos hombres se hallaban en tierra; la más honda consternación, el más vivo interés reflejábanse en sus fisonomías; que ni uno solo entre ellos dejaba de mirar á la noble víctima del caño y del atrabiliario carácter del gibraltareño.

Convulso, petrificado quedó este al escuchar las palabras que, casi involuntariamente, habían brotado de los labios de D. Félix en aquel supremo instante. Aquella revelacion trastornaba de tal suerte sus ideas, que, quizás por la primera vez de su vida, hallóse irresoluto, anonadado, desposeído completamente de acción y de energía en aquel extraño lance.

Su *factotum* William comprendió cuál podía ser el resultado definitivo de aquella escena, y aprovechándose del instante de sorpresa y perplejidad que embargaba á los españoles, hizo una seña á los suyos para que le siguiesen, y cogiendo del brazo á su capitán se alejó de allí con gran presteza.

John Crossbow sin voluntad, casi sin conciencia de la que á su alrededor pasaba, se dejó conducir por su satélite sin proferir palabra alguna.

Aquella marcha á paso gimnástico, el tiempo transcurrido en recorrer más de kilómetro y medio, y el fresco ambiente del bosque que ureaba las sienas del capitán inglés, en sudor inundadas, despertaron en éste los aliformecidos impulsos, y deteniéndose exclamó:

— ¡Truenos y rayos! ¡Iras de Satanás! ¿A dónde vamos?

— Al campamento, capitán, al campamento — contestó William con persuasiva entonación.

— ¿Y esos maldecidos africanos de España? ¿Y aquella.... aquella mujer... mi hija?... ¡Mi hija!

É hizo ademán de volver sobre sus pasos; pero en aquel momento la tempestad, que venía acumulando sus fuerzas desde algun tiempo ántes, desenvolvió repentinamente toda su furia. El atrabiliario Juan Ballesta no desistió por esto de su propósito; quería á todo trance tornar al campamento español.

En breve vióse envuelto y arrollado con sus hombres por el movimiento rotatorio del huracán. Las chispas eléctricas caían sin intermisión en torno suyo, varios de sus marineros, heridos por ellas y horriblemente mutilados, perdieron la vida....

—¡Aquí, capitán!—gritó William á su oído.—  
¡Seguidme! Hay próxima una pequeña gruta...  
¡Venid!

Y poco ménos que á rastra, asiéndose de las piedras y de los arbustos, haciendo portentosos esfuerzos de energía, John Crossbow y algunos de los suyos siguieron al contramaestre. En sus anteriores corre-

rían habia este descubierta, como á cien pasos del lugar en que se hallaban, una gruta, que era casi el hueco de una gran roca.

A aquel providencial refugio, azotados por la lluvia y el viento, contusos, magullados, heridos por las ramas desgajadas de los árboles, llegaron, tras infinitas fatigas, aquellos hombres.



Contemplaban desde la gruta aquel imponente espectáculo.

El último de ellos, al ir á penetrar en la gruta, cayó desplomado súbitamente. Algunas piedras, que el torbellino arrancó de la cima de la roca, rodaron en aquel preciso momento, é hiriéronle de gravedad; sus camaradas pusieron al infeliz al amparo de aquel albergue que la Naturaleza les proporcionaba; no podían en tal momento hacer cosa mejor por él.

Fuera de la gruta continuaba desenvolviendo la tempestad todos sus furiosos. Torrentes de agua, impelidos por el huracán, inundaban el bosque; la oscuridad era intensa, aunque iluminábanla á menudo la luz de los relámpagos y el relumbrante zig-zag de las chispas eléctricas, que surcaban el espacio.

Con su rifle en bandolera, Jhon Crossbow y los que

con él pudieron salvarse contemplaban desde la gruta aquel imponente espectáculo.

#### CAPÍTULO VIII.

EFECTOS DEL HURACAN.—JUAN BALLESTA MONOLOGUANDO.—OJEADA RETROSPECTIVA DE GRAN INTERES.

##### I.

También algunos marinos españoles fueron víctimas de lamentables accidentes. Buen número de ellos halló refugio seguro en la caseta del fuerte. Era ésta muy espaciosa, y aunque construida con carácter provisional, como que sus cuatro ángulos descansaban en

otros tantos árboles de robustísimo tronco, tenía gran solidez y casi le era permitido desafiar impunemente el rigor de los elementos; así al ménos lo demostró.

El doctor Peey, después de reconocer la herida de Clotilde, procedió á practicar la primera cura. Cuantos se hallaban presentes, más que de la borrasca que sobre sus cabezas rugía, preocupábanse del angustiado estado de la joven. La bala, atravesando en el hombro, por su parte superior, el músculo deltóides, se quedó detenida entre las dos apófisis del omóplato.

El doctor volvió á sondar la herida; su rostro estaba impasible; no revelaba alegría ni contrariedad. Después, con delicadeza suma, extrajo el proyectil, y al contemplarle en su diestra, grata sonrisa entreabrió sus labios, y dijo entonces á los que le rodeaban:

—Si no sobreviene fiebre aguda, ó ocurre algún otro imprevisto accidente, esto es cuestión de algunos días de reposo. Gracias á que mi bolsa de cirujía estaba en tierra, si no ¿qué hubiera sido de nuestra capitana, amigos míos? En este deshecho temporal, ¿quién habriase determinado á ir á bordo por semejante accidente?

Inútil es asegurar que estas palabras del doctor recogieron á todos los presentes. Félix Ballesta estrechó contra su pecho, vivamente emocionado, al digno hombre. Vendó éste la herida, y después de pulsar á la paciente, hizo aspirar algunas esencias para que volvieran en sí, lo cual obtuvo en breve, aunque por pocos instantes, porque fué presa otra vez de un nuevo desmayo.

—No os alarméis, capitán Ballesta — exclamó el médico — este hecho es natural; produciendo la pérdida de la sangre, la conmoción que ha experimentado su organismo..... ¡Confíemos en la Providencia!

—¡Ah! la salvaréis, doctor — prorumpió don Félix con lágrimas en los ojos; — ¿no es verdad que la salvaréis?

—Sí, tranquilizaos. Ya vuelve á recobrar los sentidos..... ¡Que no advierta en ningún rostro señales de aflicción!

Clotilde exhaló un suspiro y abrió los ojos; sus miradas cruzáronse con las de Ballesta, é inefable sonrisa iluminó su pálido semblante.

Mientras tanto, la tempestad había cesado por completo; el doctor dispuso entonces que cuantos se hallaban refugiados en la caseta la abandonasen y dejaran sola á la paciente; al mismo tiempo prescribió á ésta reposo, tranquilidad y absoluto silencio. Él, por su parte, corrió á prestar auxilio á los que necesitaran sus cuidados; algunos marineros estaban lesionados, y echábase á otros de méuos, ignorándose qué les hubiese acontecido.

Tampoco era posible averiguarlo; desbordadas las aguas del torrente próximo, rodeaban con su inmenso caudal todo el ribazo, y los marineros que en él se hallaban no podían abandonarle sin grave exposición de sus vidas, pues la impetuosidad de las aguas era terrible. Sin embargo, tal situación no podía prolongarse por mucho tiempo; la avenida empezaba á acentuar con suma rapidez su descenso.

Las aguas del torbellino habían echado por tierra

y llevádose delante de sí muchos de los gruesos troncos que formaban la empalizada del fuerte. A cuanto alejaba la vista desde el ribazo advertíanse por todas partes, en la llanura, la desolación y el estrago.

## II.

Apénas desapareció el mal tiempo, John Crósbow y sus subordinados salieron de la gruta para dirigirse al campamento. Seis de sus hombres habían desaparecido; inútilmente buscaron sus despojos mortales; las exhalaciones eléctricas que les dieron muerte lanzarían tal vez sus carbonizados restos á mucha distancia de aquellos sitios, ó bien como en ellos presentaba el valle un gran declive hacia el O., y las aguas debieron correr por él con rapidísima impulso, fueron arrastrados por el cenagoso turbión á profundas simas.

También en el campamento inglés hubo desgracias y desperfectos que lamentar. Mister Crósbow enteróse apénas de estos accidentes. Parecía preocupado y, sobre todo, poseído del más entristado humor.

Sin cuidarse para nada de sus destrozadas ropas ni de sus manos, heridas al ganar la gruta que le ofreció seguro abrigo contra la borrasca, apartóse de todos los suyos, y á larga distancia del campamento, solitario, abstraído en sus ideas, empezó á caminar á grandes pasos; mientras tal hacía, gesticulaba y hablaba en alta voz, como si sostuviera consigo propio animadísimo debate.

—¡No! — exclamaba. — ¡Rayos y centellas! ¡No! Me es imposible creerlo. ¡Esa.... esa joven; mi hija! ¡Voto á la Nueva Sion! Si fuera cierto..... Pero ¡iras de Dios! La prueba..... ¿dónde está la prueba? ¿Y cómo he ignorado yo hasta ahora?.... ¡Ah! De Eulalia es hija, sí, hay gran parecido entre ellas..... ¿Por qué no me reveló? ¡Cien tempestades! El orgullo la cegaba..... Ahora comprendo algunas de sus palabras, de sus reticencias, de sus veladas frases..... ¡Por la Nueva Sion! Si esa joven fuese sangre mía..... Y Félix Ballesta, sabiéndolo, la ha hecho su esposa..... ¡su esposa! ¡Maldición, maldición!

Y como el tigre encerrado en la jaula pasa y repasa una y cien veces por delante de los hierros, así aquel hombre terrible y batallador iba y venía de un lado á otro en un pequeño radio, como si el dilatado país que en torno suyo se extendía fuese para él estrecha cárcel.

—¡Por el profeta Ezequiel! — prorumpió, resumiendo el hilo de su interrumpido soliloquio. — ¡Se ha casado con ella para unir su sangre africana á la mía! ¡Iras del cielo! Esta ha sido su venganza. Supo herirme en lo más vivo..... ¡Nunca habrá nada de común entre John Crósbow, ciudadano inglés, y Félix Ballesta, que era honrarse llevando el nombre español. Sus palabras diéronme á entender que lo sabe todo. Tal vez el contramaestre Tomás le habrá revelado cediendo á las amenazas, quizás al interés..... ¡Por la Nueva Sion! Necesito averiguar lo que haya de verdad en todo esto! ¡Necesito vengarme, necesito dar el golpe de gracia al último de los Ballesta!

Y diciendo de este modo, tomó precipitadamente el camino del campamento. Tan luego llegó á él hizo

venir á su presencia al contraamaestre William, con el cual habló secretamente por largo espacio de tiempo.

¿Qué nuevos planes combinarían aquellos dos hombres?

### III.

Considérote impaciente, lector amigo, por conocer ciertos detalles y antecedentes acerca de los asuntos que tanto preocupaban al irascible capitán del *Great-Britain*; preciso será, para complacerte, que oches conmigo una mirada sobre sucesos é historias de los pasados tiempos.

Como veinte ó más años atrás al en que di principio á esta verídica narración, un viejo piloto, que desde su juventud había navegado con los Ballesta, murió, dejando en la orfandad y sin bienes de fortuna una niña de quince años, que terminaba, como interna, su educación en un acreditado colegio de la ciudad de Cádiz.

Don Baltasar Ballesta, hermano de Mr. Crósbow, y padre de don Félix, consideróse en el deber de hacerse cargo de la huérfana como tributo de afecto á la memoria del padre, que tantos servicios había prestado á su casa.

Cuando la hija del piloto, que se llamaba Eulalia, terminó su educación, don Baltasar, que lloraba aún la pérdida de su esposa, instaló á la jóven en su casa, otorgándole todo el respeto y todo el amor de un padre. Era Eulalia bellísima, de distinguido porte, y dotada de gran instrucción, pero desconocía por completo las indignidades del mundo; su alma sencilla todo lo veía de color de rosa, como suele decirse. Sin embargo, poseía en alto grado el sentimiento de su dignidad ofendida.

Viola un día el ángel malo de los Ballesta, y cediendo á los impulsos de su especial idiosincrasia, hizo el amor, aunque con gran cautela para que no se apercibiese su hermano. Tuvo don Baltasar que hacer un viaje, y Juan Ballesta aprovechó su ausencia á maravilla.

Bien sabía Eulalia por su protector cuán mal sujeto era su hermano; pero.... ¡sucedió lo de siempre, lector mío! Eulalia advirtió que iba á ser madre, y conoció tambien que Juan Ballesta se mostraba cada día más indiferente, más retraído.

Resintióse su orgullo, y sin declarar su estado, hizo repetidas insinuaciones á Crósbow para que precisase la fecha en que se verificaría su matrimonio; pero aquel Mefistófeles de nuevo cuño eludía siempre el compromiso; áltimamente adoptó la resolución de levantar por completo el campo; ¡Infeliz Eulalia!

Volvió en esto don Baltasar de su viaje, y la desdichada jóven, turbada y poseída de vergüenza, hizo de la dolorosa confesión de su falta. Quiso el honrado varón obligar á su hermano á cumplir los sagrados fueros del deber; mas los ruegos y las lágrimas de la huérfana hicieronle desistir de su propósito.

— ¡No, mi digno protector! — decía Eulalia entre ahogados sollozos, y con el tison propio de quien tiene conciencia de su dignidad — ¡No le reveleis mi estado! Si rehusa cumplir sus promesas, que no sepa ni galardonar jamás de que me ha deshonrado! ¡Que

nadie tampoco de las personas que nos conocen llegue á penetrar, por vos y por mí, este secreto! La infeliz criatura que llevo en el seno vendrá, al fin, á la vida, y yo.... ¡yo moriré despues, éste es mi destino!

Escribió don Baltasar á su hermana repetidas cartas, preguntándole si estaba dispuesto á casarse con Eulalia como la había ofrecido, pero ninguna de ellas obtuvo contestación.

(Se continuará.)

## LA LIEBRE PROVIDENCIAL.

(Continuación.)

Afortunadamente, el momento álgido de la epilépsia de Juanito había pasado.

Cuando le soltaron los brazos de la inerte Margarita, su cabeza cayó sobre el suelo, y á las anteriores formidables convulsiones sucedió una inmovilidad absoluta.

Afortunadamente, tambien el vértigo que había prostrado á Margarita pasó en algunos segundos; su sentimiento se rehizo rápidamente; se incorporó, miró de una manera primero vaga é inmediatamente poderosa y alzó atrevida, creyéndole muerto á Juanito; se inclinó sobre él y lanzó un largo suspiro de consuelo y de esperanza.

Juanito parecía dormido.

— ¡Ah, qué sufrimiento tan insoportable! — exclamó con un despecho irritado en que parecía rugir su cólera; — ¡maldita ciencia de la vida y de la muerte! ¿por qué yo no te poseo? ¡ah! esclava, aterrada, muriendo de ansiedad! ¡y se puede amar así con tal vehemencia, con tal sufrimiento en un solo instante! ¡oh! ¡si! ¡como se muere de una puñalada!

Margarita sintió pasos; se alzó; un momento despues entró Lucía trayendo á remolque á Miguel.

Este lanzó una ruda exclamación de sorpresa al ver á su señorita con aquel extraño y descompuesto traje, suelta su larga y abundosa cabellera rubia, temblando de los pies á la cabeza, pálida y descañada, con un hermoso jóven al que faltaba poco para parecer un cadáver tendido á sus pies y vestida con un elegantísimo traje de caza.

— Abre mi cama Lucía — dijo Margarita.

— ¡La cama de vneccencia! — exclamó con asombro Lucía.

— ¡Si! ¡hemos de ponerle en la cama de un crípedo? — contestó seca é imperativamente Margarita.

Lucía obedeció.

— Ayúdame á ponerlo en ella, Miguel — añadió Margarita.

Cuando el enfermo estuvo extendido en el lecho, Margarita le dijo:

— Lucía y yo vamos á salir; cuando le hayas desnudado avísame.

Y salieron al salon.

— ¡Ay Lucía! — exclamó Margarita arrojándose en los brazos de su doncella: éste es el día más terrible!

le amo y no sé quién es ni cuál sea su estado, y el peligro en que se encuentra. Esto es para morir de ansiedad.

Y rompió á llorar.

—Dios querrá señorita, Dios querrá — exclamó aturdida Lucia.

Y se calló.

Margarita continuó arrojada en sus brazos y llorando en silencio.

Algunos minutos despues apareció en la puerta del dormitorio Miguel.

—Vuecencia puede entrar cuando guste —dijo.

Margarita se lanzó rápidamente en el dormitorio, corrió al lecho y miró ávidamente á Juanito.

Estaba tranquilo; había desaparecido el desencajamiento de su semblante; parecia dormido.

Margarita se alentó.

—¿Qué has encontrado sobre él? — preguntó á Miguel.

—Un portamonedas, una petaca, una fosforera y una cartera — dijo Miguel; — véalos vuecencia sobre la mesa de noche.

—Al momento, Miguel — añadió Margarita — á Chamartin; tráete en el momento á don Ambrosio, y profundo silencio; tu fortuna está hecha; véte por el postigo y vuelve con don Ambrosio por el mismo; no llares, deja el postigo encajado; véte.

Miguel salió restregándose las manos.

—Que está hecha mi fortuna; puede ser, pero no basta, es necesario que interponga por mí su influencia con Lucia, que me case con ella; ¿y qué diablos de embrollo será éste?

## XII.

Entre tanto, Margarita se volvió á la mesa de noche para examinar los objetos que en ella habia; en la petaca, que era grande, como para contener cigarros de buena marca, y de oro, habia un escudo de armas cincelado y esmaltado, y con corona de marqués.

—¡ Ah! — exclamó Margarita con un acento indefinible — ¡ nuestras armas! las tres cabezas de rey moro, rojas en cábría de plata, en fondo de sinople, indudablemente un pariente nuestro; pero nuestra parentela es muy larga, ¡yo no la conozco apénas! ¿quién será? ¡ Ah! ¡ la cartera!

Margarita la cogió ávidamente; la abrió, cogió una tarjeta, la leyó, y exclamó con la voz trémula infinita.

—¡ Ah, mi primo Juan! ¡ Sí, aquí nuestras armas; debajo, Juan de Sandoval y de Portocarrero, agregado de la embajada de España en Rusia! ¡ El, sí; mi primo hermano!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se continuará.)

## AZUL Y NEGRO.

Lo mismo que mis ojos  
Cuando pequeño  
Eran mis ilusiones,  
Color de cielo,  
Puras y bellas,  
Como la luz que brota  
De las estrellas.

—  
Azules ilusiones  
Y azules ojos  
Se han ido oscureciendo  
Poquito á poco.  
Cual se oscurecen  
Los movidos cristales  
De limpia fuente.

—  
Desengaños impíos,  
Lágrimas hondas,  
Cada día los cubren  
De nueva sombra.  
Aun no son negros,  
Mas ¡ay! ¿dó está su puro  
Color de cielo?

M. DEL PALACIO.

## CANTARES.

—  
Con esos tan negros ojos,  
Y esas tan negras pestañas;  
Y esa intencion aun más negra,  
Me has ennegrecido el alma.

—  
Envidia me inspiran, niña,  
El céfiro y el estanque,  
Uno por mecer tus rizos,  
Otro por copiar tu imagen.

—  
Cuando quiero de tu amor  
Resucitar el recuerdo,  
Busco la sombra del sauce,  
Que es el árbol de los muertos.

—  
El viejo me causa envidia,  
El niño me causa lástima,  
Que á quien le queda más vida  
Le quedan tambien más lágrimas.

—  
Tengo un rizo de tu pelo  
Junto á otro rizo del mío.  
¡Cuánto más felices son  
Que nosotros nuestros rizos!

—  
Desde que tú no me quieres  
Mi pecho es un cementerio,  
Mi corazon una tumba,  
Mis ilusiones los muertos.

G. RIBOT.

## ; ABANDONADO!

CUADRO DE UN ARTISTA ALEMÁN, ANÓNIMO.

Conmemora el grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores, un oscuro y triste episodio de la campaña de Rusia y retirada del ejército del primer Bonaparte; y tal vez porque este asunto no hubiera parecido muy patriótico á los actuales alemanes, nietos de aquellos que se coligaron con austriacos y rusos para derribar al coloso y echar los cimientos de la Santa Alianza, el autor del cuadro no ha tenido por conveniente revelar su nombre.

Un pobre bagajero arrastra en su carro, tirado por dos flacas acémilas, algunos sacos de municiones de guerra, y camina pausadamente; pero de pronto oye á lo lejos el galope de los jinetes cosacos, que acuchillan sin piedad la retaguardia del ejército fugitivo; arrea á los caballos, corre sin dirección alguna, se extravía en el fondo de un barranco, y cae, por fin, extenuado de cansancio y de hambre.

¡Y el que caía en aquella desastrosa retirada caía para no levantarse más!

¿Por qué los hombres son tan insensatos, á pesar de la terrible enseñanza que ofrece la Historia en páginas bien tristes, que se empeñan en sostener guerras sangrientas y desoladoras?

## ANDADURAS DEL CABALLO

REPRESENTADAS POR LA FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA.

M. E. I. Muybridge, de San Francisco (Estados Unidos), ha publicado una serie de fotografías de un interés poco común, las que reproducimos en este artículo. Ofrecen la solución de un problema largo tiempo é infructuosamente estudiado, que consiste en representar los diferentes tiempos de los movimientos del caballo al paso, al trote ó al galope. Hay en ellos dificultades considerables; todos los que han practicado la fotografía instantánea comprenderán la importancia de estas dificultades, y reconocerán que es por un prodigio de paciencia y de habilidad el haber sido posible fijar en esas diferentes posiciones la ima-

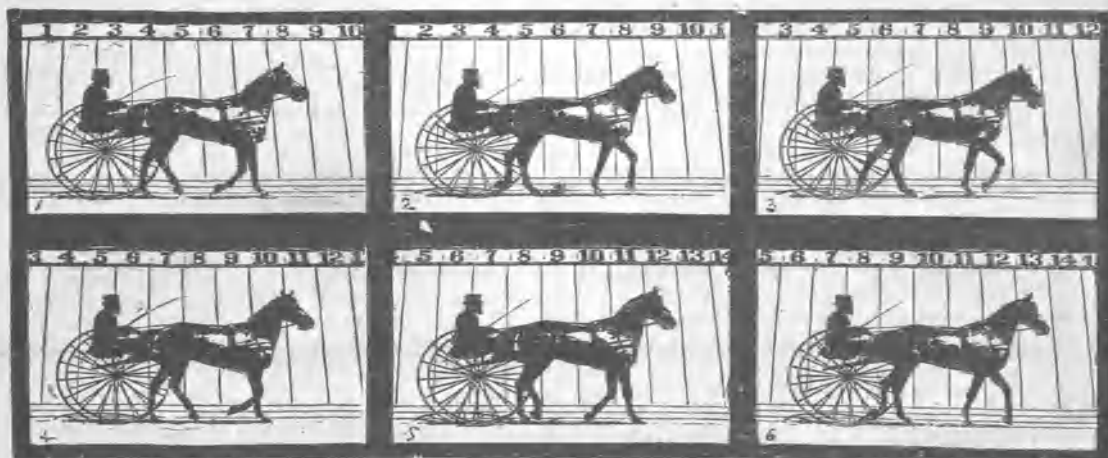


Fig. 1.—Caballo al paso, 106 metros por minuto.

gen de un caballo de carrera lanzado con una velocidad de cerca de 20 metros por segundo, la de un tren express ó de la tempestad.

Hemos reproducido directamente las fotografías del sabio americano por los procedimientos de heliogravado en relieve; el lector tiene, pues, á la vista la representación matemática de documentos que perderían todo su interés si hubieran sido copiados por un dibujante, por concienzudo que pudiera ser. Hemos sacrificado el valor artístico del grabado por su exactitud, que importa aquí de una manera capital.

Basta examinar atentamente las diferentes posiciones del caballo fotografiado, en cada una de las planchas adjuntas, para darse cuenta de la comple-

xidad de los movimientos que ejecuta y para reconocer que ciertas de estas posiciones parecen del todo inverosímiles. Si un artista hubiera dado la representación por el dibujo se le acusaría ciertamente de dejarse llevar por el vuelo de su imaginación. Pero cuando se sabe que se trata de pruebas fotográficas se admira la enseñanza que revelan para sacar de ella partido.

Mister Muybridge ha escogido como modelos los caballos más célebres de carrera del otro lado del Atlántico. El caballo *Abe Edington* está representado al paso en la figura 1.<sup>a</sup>, se mueve en este paso con una velocidad de 106 metros por minuto.

La figura 2.<sup>a</sup> nos muestra las diferentes posiciones

de *Maloruch* al pequeño galope, animado de una velocidad de 200 metros por minuto.

La figura 3.<sup>a</sup> representa el caballo precedentemen-

te citado, *Abe Edington*, al trote, andando con una velocidad de 715 metros por minuto. Estas tres primeras series de fotografía reproducen bastante fiel-

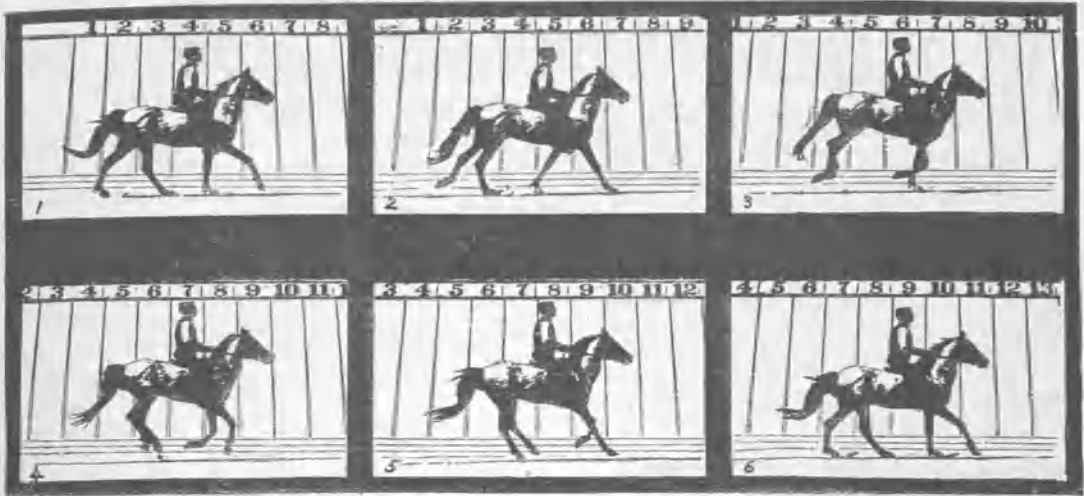


Fig. 3.—Pequeño galope, 200 metros por minuto.

mente los relieves del modelo, poniendo en evidencia sus partes luminosas. No sucede lo mismo en las dos últimas series, que no nos ofrecen sino silnetas

que recuerdan las sombras chinescas, pero ¡cuánto interés ofrece su examen!

La figura 4.<sup>a</sup> nos muestra las diferentes posiciones

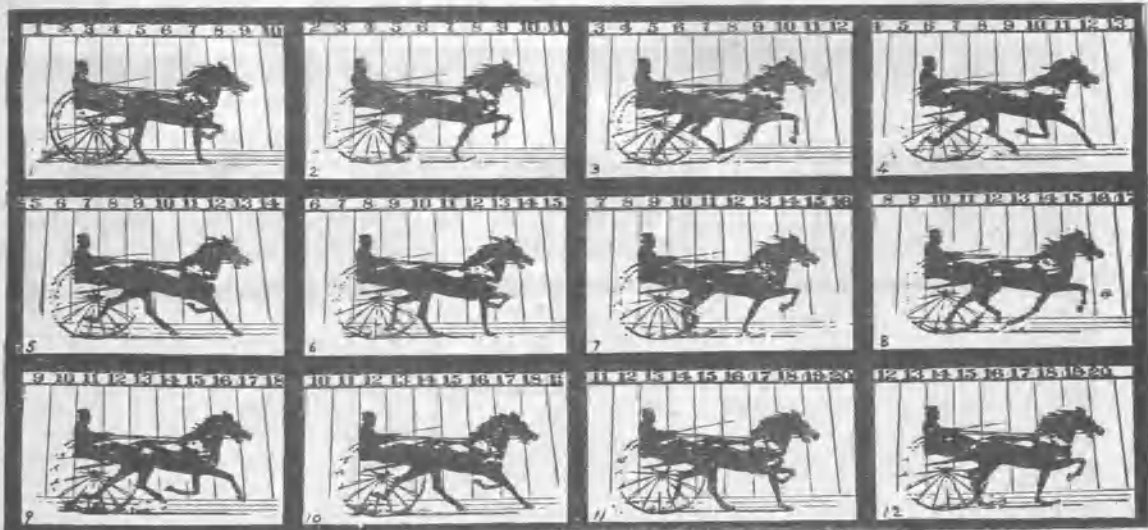


Fig. 4.—Trote, 715 metros por minuto.

del caballo *Occident*, lanzado al trote con una velocidad de 727 metros por minuto.

La figura 5.<sup>a</sup>, en fin, es un verdadero ejemplar de fuerza fotográfica; reproduce la sucesión de los tiem-

pos de la andadura de *Sallie Gardner*, al gran galope de carrera, hendiendo el espacio con una velocidad de 1.142 metros por minuto.

Recomendamos á nuestros lectores que estudien



¡ ABANDONADO !

(COPIA DE UN CUADRO, DE AUTOR ANÓNIMO.)



bien cada una de las posiciones del caballo en este movimiento vertiginoso. En el número 1 (fig. 5) una sola pierna, la de delante, derecha, toca el suelo,

mientras que las otras tres están elevadas por una enérgica contracción de los músculos. En el número 3 (fig. 5) se ve el caballo enteramente aislado, nin-

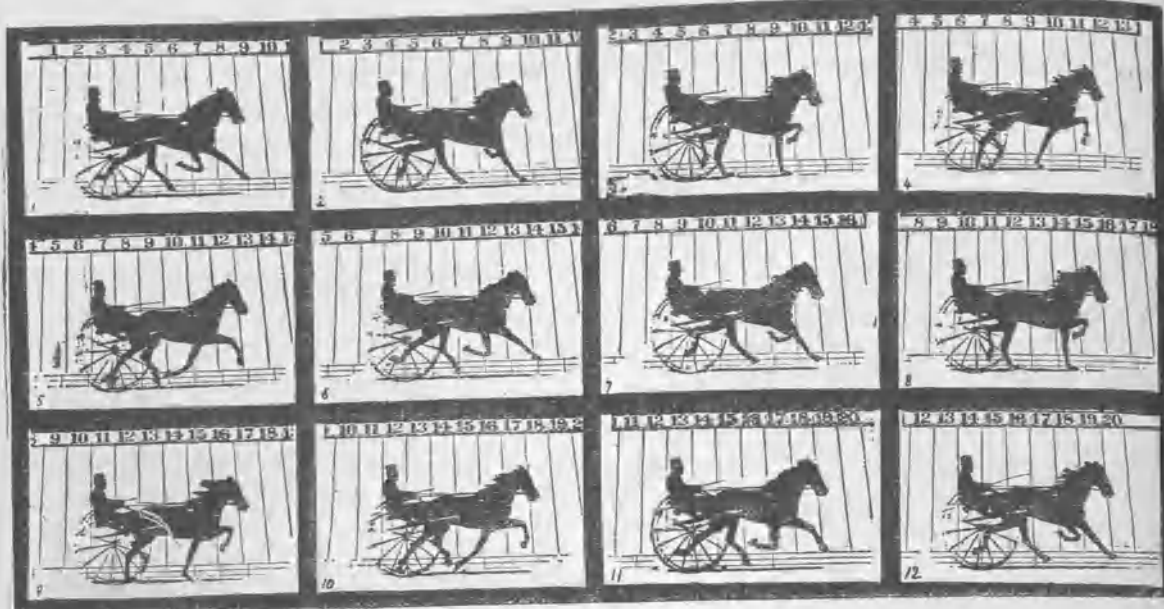


Fig. 4.—Trota. 727 metros por minuto.

guna de sus piernas toca el suelo, están encogidas contra el vientre, en el momento en que van á ser lanzadas, como bajo la acción de un resorte que se suelta.

Se observará en los números 8 y 9, como una de las piernas de delante está singularmente extendida; es una posición que no se hubiera supuesto auea sin el auxilio de la fotografía instantánea.

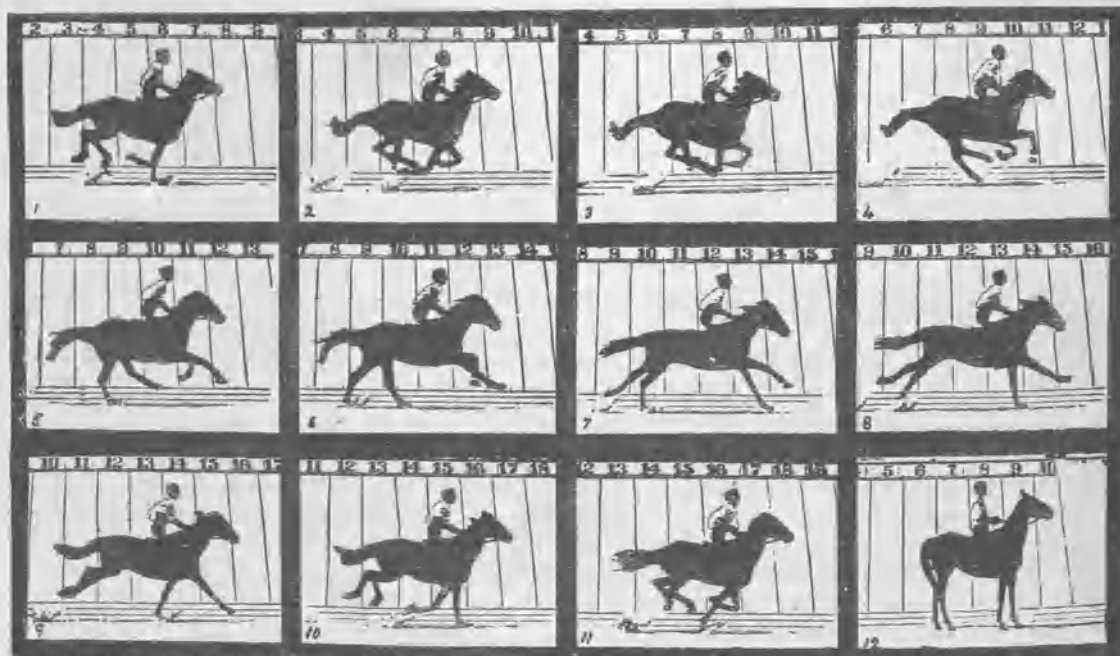


Fig. 5.—Galope. 1,142 metros por minuto.

Debemos añadir que la separación de las líneas verticales en las fotografías de M. Muybridge es de 21 pulgadas inglesas ó sean 0,582 milímetros, y la de las horizontales de 0,102 milímetros. Los números indicados encima de cada figura han sido añadidos

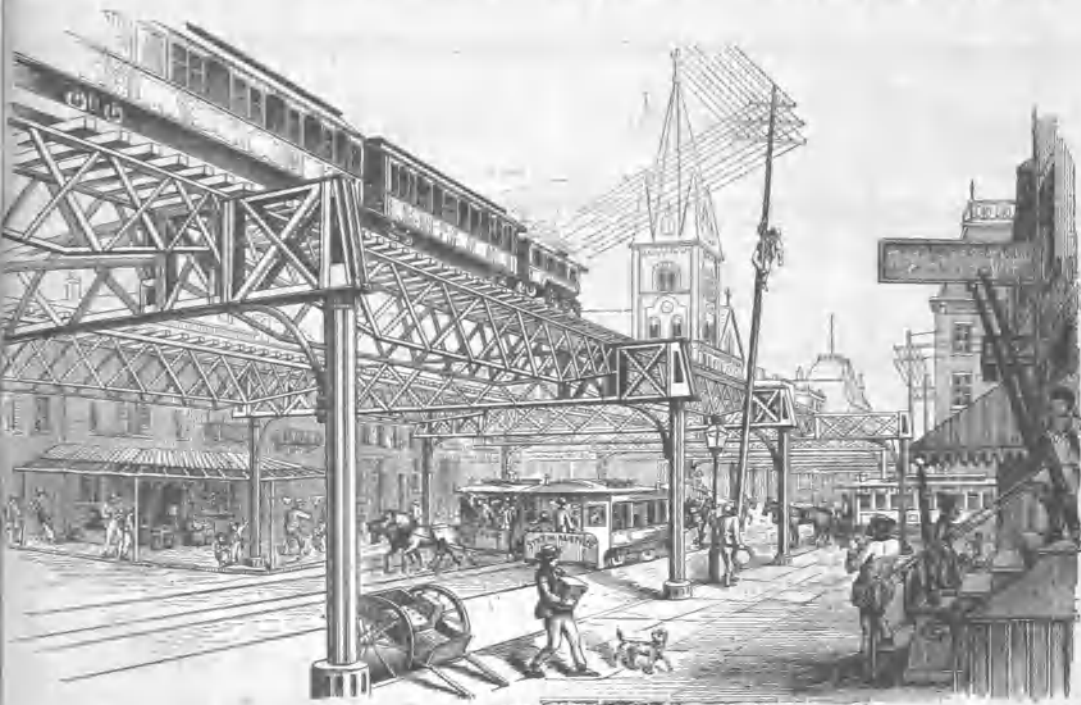
después del corte sobre el eliché, y sirven para el estudio de cada una de las imágenes.

## EL CAMINO DE HIERRO AÉREO

DE NUEVA-YORK.

Nuestros lectores saben que la ciudad de Nueva-York está situada en un una línea larga y comparativamente estrecha. Los ríos comprimen sus flancos y no ha podido extenderse sino en una sola dirección. De ahí esa línea de demarcación tan señalada entre

los barrios donde se trabaja y aquellos en que se habita. Dos, tres, cuatro millas, y para los que habitan en Harlem, ocho; separadas por las de los despachos y almacenes. En otros términos: la locomoción hace perder, dos veces al día, de tres á seis cuartos de hora, y lo que es peor, el trayecto debe efectuarse en vehículos de tracción de caballos. Se ha hallado mucho más cómodo, sin gran pérdida de tiempo relativo, habitar en la New-Jersey, en las orillas del



Camino de hierro aéreo de Nueva York.

Hudson ó en Long-Island, á 20 millas (32 kilómetros) ó un poco más cerca.

La empresa de caminos de hierro aéreo de que vamos á hablar ha acortado singularmente las distancias de Nueva-York. Desde hace muchos años se ha comprendido la necesidad de semejante creación y se han propuesto contra este mal numerosos remedios.

Desgraciadamente, estos eran en su mayor parte impracticables ó dispendiosos en exceso. El gran éxito de los caminos de hierro subterráneos de Londres hizo creer á muchas personas que esto era lo que había falta á Nueva-York. Pero el enorme gasto que entraña la realización de este proyecto, detuvo las capitales en las cajas. Por otra parte, los americanos están muy lejos de tener la paciencia de los ingleses. Una línea subterránea hubiera exigido años, un camino de hierro aéreo no exigía sino meses, y se trataba de improvisar transportes rápidos para Nueva-York.

Ha sido necesario tiempo á pesar de esto. Se ha

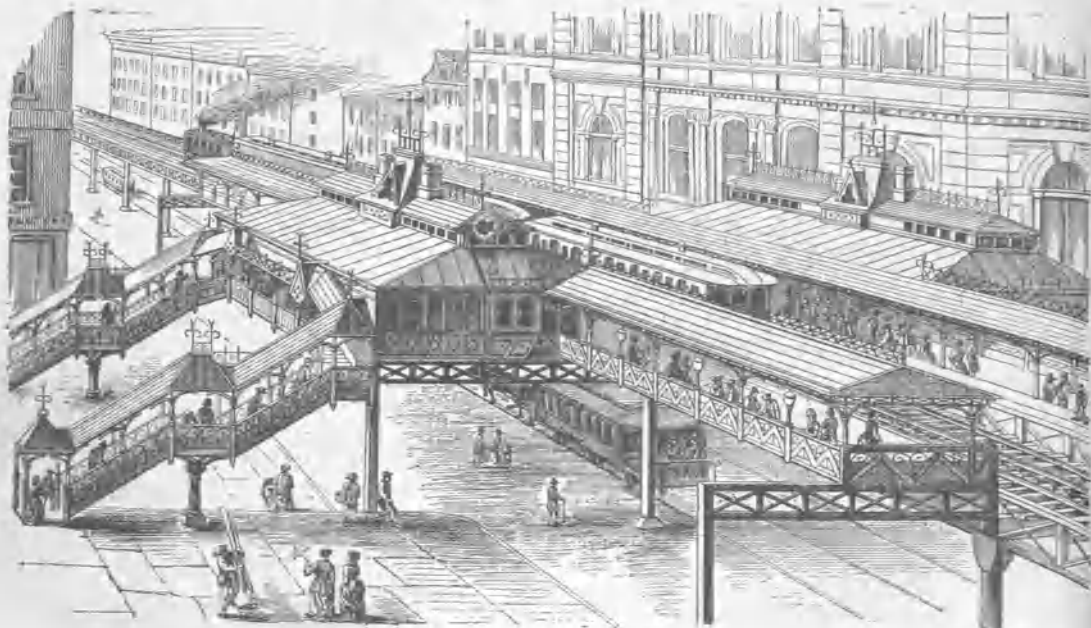
construido una ruta aérea en la calle Greenwich y en nueva avenidas con correspondencias para el camino de hierro del Hudson y la estación de la calle 30. En un principio, los wagones debían ser movidos por un cable sin fin y por locomotrices estacionarias. Pero se renunció á este proyecto y se decidió en favor de las pequeñas locomotoras. Los trenes no salían sino con largos intervalos, y en la primera temporada el beneficio dejaba que desear.

Sin embargo, hace nueve años que el trayecto se va extendiendo: de la Batería al Parque Central se han construido estaciones intermediarias y obras de seguridad; los trenes se han hecho más frecuentes, y los ingresos considerablemente más abundantes.

Nuestra figura 2.<sup>a</sup> representa las escaleras que conducen á la estación de la Batería; hace ver la construcción de la vía, que se dirige describiendo una graciosa curva á través de la Batería sobre la calle de Greenwich. La figura 1.<sup>a</sup> hace ver el modo de la construcción de la línea férrea.

Si se va por este camino hasta la calle 59.<sup>a</sup>, se sube al salón de espera de la estación, sencillo, pero cómodo, que es sitio mucho más agradable que la esquina de una calle. Es necesario tomar un billete antes de entrar en los wagones. Se pagan 10 centavos (próximamente media peseta) por cualquier distancia. Se abre una puerta de corredera y se entra en el

wagon, semejante á todos los vehículos de su especie, pero un poco más estrecho y menos largo. Los asientos están en el sentido de la longitud. Bien pronto parte el tren, con un movimiento suave y fácil. Al describir una curva al rededor de la Batería, con un golpe de vista rápido se ve el bello panorama de la bahía.



Caminio de hierro aéreo de Nueva-York.—Estacion de la Batería.

Si desde la altura en que se está se mira hacia la calle que se extiende por debajo, se teme sufrir las consecuencias de un descarrilamiento eventual; pero una catástrofe de este género no es posible. Si volviéndose se examina atentamente la vía férrea, se ve que hay completamente fuera de los rails unas vigas macizas, sólidamente sujetas y que sobresalen de los rails unas cinco á seis pulgadas. Forman un perfil que rechazaría casi ciertamente á la rueda que descarrilara.

Los caminos de hierro aéreos no carecen de destructores, lo confesamos claramente; dificultan mucho la circulación en las calles estrechas. El ruido de los trenes que pasan por encima de la cabeza de los caballos los amedrenta. Los pilares ocupan á veces posiciones incómodas. Pero, como lo prueban nuestras ilustraciones, estos pilares están muy lejos de estorbar la perspectiva del público, y áun hay puntos en que producen un efecto de los más pintorescos. Pero considerando los servicios que presta á los habitantes de una gran ciudad, de hoy en adelante libres de un estado de cosas deplorable, y los numerosos beneficios de que será origen, íden puede perdonársele algunos defectos (1).

(1) Traducción de *The Illustrated Christian Worker*.

## NUEVO CÍRCULO

PARA HACER LOS CÁLCULOS.

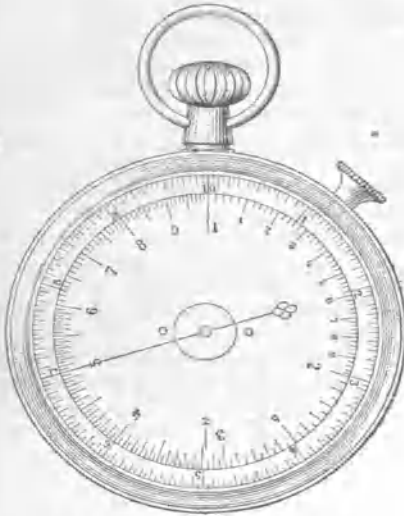
El instrumento que vamos á describir está destinado á prestar los mayores servicios á cuantos tengan que hacer cálculos con rapidez. Lo reducido de su volumen, que no es mayor que el de un reloj de mano, le hacen sumamente recomendable á los ingenieros, agentes, etc.: más, sobre todo, es propio para los trabajos de despacho, pudiendo ser de inmensa utilidad á los estadistas, hoy sobre todo que la fabricación de las reglas de cálculo dejan bastante que desear.

El círculo de que tratamos puede servir: 1.<sup>o</sup> para hacer la adición y sustracción, si bien esto constituye en mérito menor, por ser pocas las ventajas que ofrece sobre los métodos ordinarios; 2.<sup>o</sup> para efectuar la división y la multiplicación, y en consecuencia para resolver las proporciones. Bajo este respecto vale tanto como la regla de cálculo, presentando además la ventaja de ser más portátil y cómodo para ejecutar las operaciones sobre el terreno; 3.<sup>o</sup> para buscar el logaritmo de un número; y por consiguiente, las potencias y raíces de los números; y 4.<sup>o</sup> para

hacer las operaciones trigonométricas por medio de un cuadrante que se halla en el reverso del primero. (Véase fig. 2).

Las últimas operaciones se ejecutan con gran rapidez; bastan tres movimientos de los dedos para obtener el resultado que se busca.

Se ve, pues, que este instrumento, cuyo diámetro no es mayor que el de un napoleón, evita al ingeniero llevar siempre consigo el grueso volumen de las tablas logaritmicas y la incomodidad de las operaciones elementales de la aritmética.



Nuevo círculo para los cálculos.—Fig. 1.



Nuevo círculo para los cálculos.—Fig. 2.

circulo serán tanto más aproximados á la verdad cuanto mayor sea la longitud de su circunferencia. El que describimos actualmente permite se lean con exactitud sus cifras; lo cual basta para la exactitud de los cálculos en no pocos casos.

Su inventor, M. Boucher, tenía en proyecto la confección de círculos mayores con destino á las oficinas de despacho, en los que fuere posible leer un número de cifras más considerables, pero hubieran tenido el inconveniente de no ser portátiles. Abandonó, pues, su pensamiento, sustituyéndolo por otro mucho más ingenioso, consistente en colocar los números como indica la figura 2.<sup>a</sup>, esto es, en espiral y no en círculo, con lo cual con una misma superficie se puede disponer de mayor longitud, siendo entonces posible operar con números mucho más considerables en instrumentos más pequeños.

Monsieur Boucher piensa realizar su última ventajosa idea, mas antes espera que la práctica, cuyos consejos son exactos y serios, pronuncie su postrer palabra sobre la segunda parte de la invencion. En cuanto á la primera, podemos decir que ya ha fallado, y á favor de su inventor, diciendo las conocidas frases: *Experto crede Roberto.*

Bajo este último concepto, es de una utilidad al estadista, á quien lo recomendamos con insistencia. No nos extenderemos más sobre el principio en que se funda el pequeño instrumento, porque su plena inteligencia requiere tenerle á la vista.

Baste saber que su principio es el de la regla del cálculo, esto es, el conocido teorema de que el *logaritmo de un producto es igual á la suma de los logaritmos de los factores.*

Así como la regla de cálculo debe ser larga para que sus indicaciones sean exactas, así tambien los del

## EL ORICTEROPO DE ETIOPIA

EN EL JARDIN DE PLANTAS DE PARÍS.

En la clase de los mamíferos, orden de los desdentados, hay uno que ofrece la mayor diversidad de formas; á juzgar por su nombre, los desdentados debían, en efecto, ser todos animales privados de dientes, y sin embargo, si ciertos, entre ellos, como los hormigueros y los pangolines, ofrecen esta particularidad, otros, al contrario, como los perigosos, los armadillos los oricteropos tienen las mandíbulas provistas de órganos de la masticación, excepto en la parte correspondiente á los incisivos. Por otra parte, las uñas que terminan los dedos de los desdentados son tan pronto encorvadas y aceradas para que el animal pueda trepar con facilidad y sostenerse en las ramas; tan pronto están dispuestas en forma de pala para que puedan excavar el suelo; en fin, los tegumentos están endurecidos, en unos por concreciones óseas, en otros cubiertos de escamas imbricadas; de pelos ásperos en varios, en otros, en fin, casi completamente denudados.

Resulta de aquí que los naturalistas se encuentran muy perplejos, cuando se trata de indicar los caracteres generales del orden de los desdentados. Puede de-

cirse, sin embargo, que estos mamíferos presentan en su esqueleto, y en la disposición de sus vísceras, un sello de inferioridad; que tienen glándulas salivares muy desarrolladas, lo cual está en relación con su régimen insectívoro, y que ofrecen en su sistema circulatorio disposiciones particulares, entrelazamiento de vasos destinados á moderar el aflujo de sangre á sus miembros, que no se mueven, en general, sino con una lentitud extremada; puede añadirse también que en los desdentados que están provistos de dientes, éstos órganos tienen un aspecto singular, estando desprovistos de esmalte en la mayor parte de ellos, y que parecen constituidos por cierto número de elementos cilíndricos unidos unos á los otros.

En la naturaleza actual, los desdentados son todos de talla media, ó bien de pequeña talla; pero en las épocas anteriores á la nuestra, estos animales alcanzaban dimensiones muy considerables, y podían rivalizar con los elefantes. El *megatherium*, cuya osamenta se ha hallado en los alrededores de Buenos-Aires, debía tener 4<sup>m</sup>, 50 de largo por 2<sup>m</sup>, 50 de alto, y el *megalonys* y el *megalodon*, que han sido descubiertos en las mismas regiones, se hacían notar igualmente por sus dimensiones gigantescas. Cosa curiosa; en América, cuyo suelo encierra los restos de estos grandes desdentados, es aun en nuestros días, el continente más rico en animales de este orden; el viejo mundo, por el contrario, no posee sino un pequeño número de especies, y la Australia está absolutamente privada de ellos, desempeñando el papel de los desdentados en este extraño país los monodromos, ecudops y ornitorínco.

Ciertos desdentados son bien conocidos por nuestros lectores: los armadillos y los pangolines son, en efecto, los huéspedes habituales de nuestros jardines zoológicos: los hormigueros y perezosos aparecen en ellos también, aunque más raramente; pero al lado de estas especies que nos son familiares, hay otras que, hasta hace muy poco tiempo, eran completamente desconocidas en nuestras casas de fieras, y cuyos individuos, rellenos de paja en las colecciones públicas, no pueden dar sino una idea muy incompleta. En este último caso se hallan en particular los orictéropos, desdentados extravagantes del África tropical, que muchos viajeros, entre otros el señor Von Henglin, habían ensayado vanamente conducir vivos á Europa.

Hacia mediados del pasado siglo el viajero inglés Kolbe, suministró el primero algunos datos orictéropos, que eran designados ya en esa época por los colonos holandeses con el nombre de *cerdos de tierra*; un poco después, Camper pudo conseguir el cráneo de uno de estos animales, y estudiar sus caracteres etiológicos; pero estaba reservado á Etienne Geoffroy Saint-Hilaire poner de manifiesto las diferencias esenciales que separan á los orictéropos de los hormigueros americanos.

Los ejemplares de nuestros museos, y los grabados publicados hasta ahora en las obras de Historia natural, dan una idea bastante inexacta de los orictéropos. En los individuos rellenos de paja, únicos modelos que los dibujantes tienen á su disposición, la piel ha sido fuertemente distendida, y el cuerpo desmenu-

damente alargado. Como puede juzgarse por el grabado adjunto, tomado del natural, el orictéropo tiene, por el contrario, las formas pesadas, el dorso redondeado del cerdo, y se parece, por otra parte, á este animal por su piel apenas provista de pelos; pero sus orejas, muy largas, en lugar de caer, se enderezan como cuernos en los lados de la cabeza; su cola no es delgada y torcida en forma de tirasuzcos; es de forma cóncava y muy gruesa en su base, en fin, su cabeza bastante afilada, y terminada en un verdadero hocico, presenta en su extremidad una abertura bucal un poco más grande que la de los hormigueros, pero sin embargo, bastante más reducida que la de la raza porcina. Los dientes, en número de cinco ó seis pares en la mandíbula inferior, y de seis á siete pares en la mandíbula superior, van creciendo de lo primero á lo penúltimo de cada lado, y presentan una estructura del todo particular, siendo su tejido bastante menos denso que en la mayor parte de los mamíferos, y no están cubiertos de una capa de esmalte.

La superficie trituranza es plana y su raíz única está horadada por numerosos agujeros en su contorno. La lengua, delgada y protáctil, como en casi todos los desdentados, está bañada de una sustancia viscosa destinada á pegar los pequeños insectos de que se alimenta el orictéropo. Las patas, cortas y vigorosas, se terminan: las anteriores, por cuatro dedos; las posteriores, por cinco dedos provistos de uñas robustas en forma de ganchos; en los pies de detrás, como en los de delante, los dedos laterales externos son un poco más cortos que los otros.

La familia de los orictéropos no encierra sino un solo género, en el que pueden reconocerse, no sin gran dificultad, tres especies, á saber: el orictéropo del Cabo, ó *cerdo de tierra*, el más abundantemente conocido; el orictéropo de Sotegambía, descrito por Lesson; y el orictéropo de Etiopía, que M. de Abbadie y M. de Arnaud han tenido ocasión de estudiar en las orillas del Nilo Blanco. Estas tres especies tienen las mismas costumbres con poca diferencia, la misma talla (1,30 á 2 metros de hocico á la extremidad de la cola), las mismas formas generales, y no difieren sino por las proporciones del cráneo y de los miembros, la coloración y el aspecto de los tegumentos. En el orictéropo del Cabo, por ejemplo, la superficie del cuerpo ofrece pelos tiesos, sedosos, bastante separados, más cortos en el dorso que en el vientre; en el orictéropo de Etiopía, por el contrario, la piel está casi completamente desnuda, y no presenta pelos rucios de collar acentuado sino en las orejas, la cola y la base de los miembros. A esta última especie pertenece el individuo que ha sido adquirido recientemente por el Jardín de París, y cuyos rasgos reproduce bastante exactamente la figura adjunta. Se ve que el cuerpo está inflado como un odre, y surcados de pliegues que divergen, partiendo de la región abdominal, entre las patas. Estas son verdaderamente enormes, y la cola, blanda y floja, cae saldamente en el suelo. El aspecto general es á la vez horrible y grotesco. Por detrás, este animal parece un saco, y sus largas orejas, que se dirigen á cada lado, figuran las ligaduras.

Este oricteropo vive por parejas en las llanuras de Kerdofan, en donde los árabes le designan con el nombre de *abulababif* (es decir, *padre poseedor de uñas*). Durante el día permanece oculto y apoltronado en un agujero profundo que excava en el suelo filando de la estopa, por medio de sus uñas largas y cortantes. Hacia la tarde sale de su retiro y se pone en movimiento, avanzando, bien por saltos sucesivos, bien con un paso incierto, apoyándose casi únicamente sobre la extremidad de los dedos. Aunque no lo hemos dicho, el oricteropo es, en efecto, más bien digitigrado que plantigrado. En la marcha, la cabeza está inclinada, el hocico rozando el suelo, las orejas medio inclinadas sobre el dorso, y la cola arrastrando. De tiempo en tiempo el animal se detiene para escuchar; es, en efecto, por el oído y por el olfato por lo que se guía y como consigue evitar sus enemigos. Cuando descubre un sendero seguido por las hormigas ó las termitas, le sigue hasta que llega al hormiguero, y llegado allí ataca el edificio con sus patas, haciendo volar la tierra á su alrededor, y excavando con rapidez hasta que llega al centro, ó por lo menos á una de las calles principales. Entonces, estirando y retrayéndose alternativamente su lengua viscosa, envuelve y lleva á su boca legiones enteras de hormigas. Después de haber despoblado un nido, pasa á otro, y así sucesivamente, hasta que siente calmada su hambre. Si se reflexiona en la multiplicación sorprendente de las hormigas y de las termitas, y en los destrozos que hacen estos insectos, se ve inmediatamente que el oricteropo debe considerarse como uno de los auxiliares más útiles del hombre en los países tropicales.

Los oricteropos son excesivamente tímidos; al menor ruido procuran esconderse; y si no encuentran ningún agujero ó cueva á su alcance, se excavan bien pronto un abrigo, y hundiendo en el suelo su hocico y su parte anterior se agarran de tal modo, que no se les puede arrancar de su retiro. Feu J. Vencaux, que ha observado muchas veces los oricteropos en el Cabo de Buena Esperanza, cuenta que, cogiendo por la cola á uno de estos animales medio oculto, no se lo puede sacar sino haciendo excavar la tierra á una gran profundidad. En el África Oriental, los negros, avanzando con prudencia, hieren al oricteropo de un brusco lanzazo ántes que tengan tiempo de desaparecer; en el Senegal, por el contrario, se coge este animal en trampas de hierro y se le caza de noche con perros. La piel del oricteropo es gruesa y da un cuero bastante fuerte; su carne, según algunos viajeros, es succulenta y tiene el gusto de la carne de puerco; según otros, es detestable, estando impregnada de un olor de hormigas. Levaillant dice que no pudo resolverse á comerla.

En cautividad, el oricteropo parece ser un estúpido; pasa la mayor parte del día durmiendo, enrollado en una masa informe; el del Jardín de Plantas, desde que ha entrado el mal tiempo, no se decide á salir de su nicho sino hacia las cinco ó las seis de la tarde; empieza á andar entonces en la pieza y se aproxima á cada instante á la estufa para calentarse con delicia, echado sobre sus patas de detrás y el hocico pegado contra la superficie caliente.

## HISTORIA DEL CALZADO.

El calzado de los griegos y romanos fué el principio de cuero, como el que usamos ahora. Según Plinio, el primero que usó calzado fué un hombre llamado Zibás, natural de Bacia.

Los egipcios empleaban el papiro como primera materia para el calzado; los primitivos españoles, el esparto; los indios, los chinos, etc., el junco.

La seda roja ó el lino blanco bordado con pieles preciosas, llegó á ser la señal distintiva de los emperadores romanos. Los hombres del pueblo llevaban el calzado negro y las mujeres blanco. Algunos senadores se distinguían con una O, que indicaba su descendencia de los cien primeros senadores, *Centum patres*, instituidos por Rómulo. El calzado de los antiguos franceses era dorado y con galgas para sujetarlo á la pierna; era una especie de *sandalia*. Entre el calzado antiguo se distinguía el *horcequí* y el *coturno*, ambos inventados por Esquilo, quien los introdujo en el teatro para dar más dignidad á los actores. El primero servía para el género cómico y el segundo para el trágico; creíase dar de este modo al actor más semejanza con los héroes que representaba y cuya mayor parte habían sido gigantes según la tradición.

En tiempo de Felipe el Hermoso se adoptó en Francia un calzado, que luego se extendió por el resto de Europa y que se llamó *zapato de polaina*, del nombre de su inventor Polain. Estaba terminado en punta, más ó menos larga, según la calidad de las personas, dos pies para los principales y grandes señores, un pie para los labradores y ricos, y medio pie para el pueblo. De aquí vino la frase *centrar con buen pié en alguna parte*.

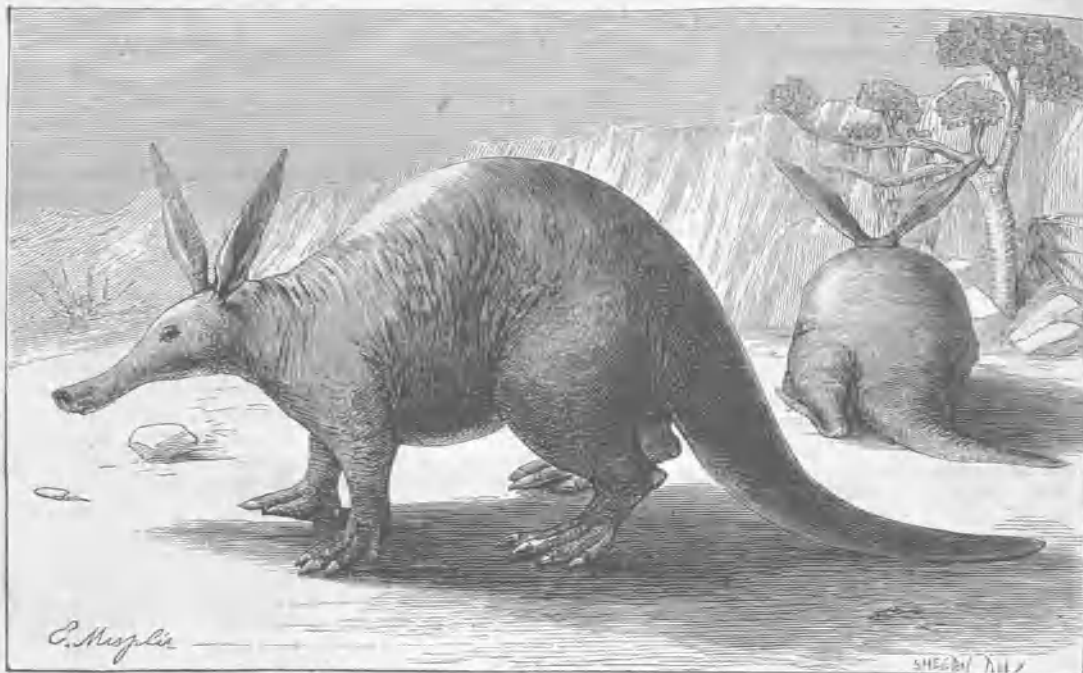
La mencionada punta iba adornada frecuentemente de figuras grotescas. La extravagancia de esta moda hizo que la Iglesia y la autoridad civil fulminaran contra ella anatemas horribles.

Villaret supone que fué imaginada por el príncipe Enrique, hijo de Godofredo Plantagenet, que quiso evitar de este modo una deformidad corporal. Después de la supresión de los zapatos largos se llevaron de un pié de longitud.

Los talones altos fueron tambien objeto de una moda que se usó durante mucho tiempo; las señoras venecianas los llevaban exageradamente altos.

Créese que Augusto fué el inventor de los zapatos con tacones, según se dice, por suplir su pequeña estatura.

No se sabe con certeza cuándo comenzaron á usarse las botas y botines; estos últimos se empleaban en la guerra. En cuanto á las demás variaciones que el calzado ha sufrido en los tiempos modernos, nada fijo puede decirse, porque ha estado sujeto á los mil caprichos de la moda.



ORICTEROPO DE ETIOPIA.

## ANÉCDOTA.

Un soldado suizo estaba de noche de centinela cerca de una iglesia de una ciudad fuerte. Era en tiempo de guerra, y los hospitales y hasta los edificios de los particulares estaban llenos de heridos, y tuvieron por lo mismo los eclesiásticos que llevar muchas veces el Viático á los moribundos. La primera vez, cuando salió de la iglesia el cura, el suizo de centinela le gritó segun el uso:

- ¿Quién vive?
- ¡El Santísimo! — le respondieron.
- Está bien, pase; es Dios Padre.

La segunda vez volvió á preguntar:

- ¿Quién vive?
- ¡El Santísimo!
- Está bien, pase; es Dios Hijo.

A la tercera dieron la misma respuesta á la pregunta, y él murmuró:

- Está bien, pase; es Dios Espíritu Santo.

Pero á la cuarta vez, creyendo el suizo que se querían burlar de él, gritó:

— ¡Tarteifel, no hay cuatro Santisimos! — y disparó contra el sacerdote.

Solucion á la charada del número anterior.

OREJON.

## JEROGLÍFICO.



La solucion en el número próximo.

## SUMARIO.

GRABADOS —: Abandonado! cuadro de autoranónimo.—Andadura del caballo (cinco grabados).—Camino de hierro aéreo en Nueva York (dos grabados).—Nuevo círculo para los cálculos (dos grabados).—Oricteropo de Etiopia.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco, Luis Boussenard (Fr).—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—La librería provincial, por Manuel Fernandez y Gonzalez.—Azul y negro, por Manuel del Palacio.—Cantares, por G. Ribot.—¡Abandonado!—Andadura del caballo.—El camino de hierro aéreo en Nueva York.—Nuevo círculo para hacer los cálculos.—El oricteropo de Etiopia.—Historia del calzado.—Anécdota.—Solucion á la charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra, IMPRESORES DE LA REAL CASA.